

**BLAS RUIZ GRAU**

# **ESCUADRÓN GAMMA**



**CONTIENE ILUSTRACIONES DE LOS ALUMNOS  
DE 6A DEL COLEGIO N.S. LOURDES DE VALLADOLID**

**Escuadrón  
Gamma**  
Blas Ruiz Grau

Copyright © 2016 Blas Ruiz Grau. Todos los derechos reservados.

Copyright © 2016 Eusebio de Frutos sobre el diseño de portada

ISBN-13: 978-1506173528

ISBN-10: 1506173527

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A los niños de 6ºA del Colegio Lourdes de Valladolid. A  
TODOS

## Capítulo 1

—¡Rápido, ya vienen! —Gritó su compañero.

Él miró sus manos antes de preguntar.

—¿Cuántos serán? —Contestó con otra pregunta.

—¿Qué más da? No podremos con ellos, sean los que sean.

Levantó la mirada de sus puños. Los apretaba fuerte, estaba harto de aquella huida. Tenía la seguridad de que ambos podrían con ellos. No había nacido todavía nadie que pudiera derrotarlos.

—¿Pero qué haces? ¡Corramos! —Volvió a gritar su amigo.

—No. Ya está bien. La gente cree en nosotros, si huimos, si no nos enfrentamos a ellos, decepcionaremos a todos.

Su compañero lo miró detenidamente. Odiaba que tuviera razón, pero reconocía que en este caso la tenía. Ya estaba bien de esconderse, ellos eran los héroes, debían luchar.

—¿Cuento contigo? —Quiso saber, aunque ya conocía la respuesta.

—Sabes que sí.

De repente, un grupo de sombras se dibujó en la pared indicando que ya habían llegado. Leo y Mario se colocaron en posición de lucha. Había llegado la hora.

—¡Leo! —Dijo de repente una voz.

Éste se giró, la voz le sonaba familiar, aunque no sabía de qué.

—¡Leo! —Insistió la voz.

Acto seguido abrió los ojos y comprobó, decepcionado, que se trataba de un sueño. Una vez más había soñado que era un superhéroe. La voz que lo llamaba no era otra que la de su tía, que lo reclamaba para bajar a desayunar. Miró su reloj de pulsera con el logo de Batman en el centro de la esfera, las siete y veinte de la mañana.

Resopló y de un salto se incorporó de la cama. Se colocó sus zapatillas con el mismo logo que tenía en el reloj. En realidad toda su habitación —y casi toda su ropa incluso— tenía ese logo en todas partes. Batman era su ídolo, siempre lo había sido y estaba seguro de que siempre lo iba a ser. Soñaba con parecerse a él, pero se desilusionaba al pensar que nunca había visto a un Batman rubio con los ojos azules como el cielo.

Abrió su armario y sacó uno de sus chándales preferidos, cómo no con una camiseta de su ídolo que iría oculta bajo la chaqueta. Se vistió, pasó por el cuarto de baño para hacer sus necesidades y poner su pelo en punta gracias a la gomina y bajó.

Sentados en la mesa ya le esperaban su tío Gonzalo, vestido ya con su uniforme de agente de la

Policía Nacional y su tía Teresa, con un elegante traje de los muchos que tenía para ir a trabajar al bufete de abogados del que era dueña.

Su prima pequeña, Irene, jugueteaba con un biberón vacío que su madre la había dejado para que se entretuviese mientras estaba sentada en su trona.

—Buenos días, campeón. ¿Se te han vuelto a pegar las sábanas? —Preguntó su tío con una amplia sonrisa tras pegar un sorbo al café.

—Ehm, sí —contestó—. Es que se está muy a gustito tapado, en verano me cuesta menos levantarme, pero ahora...

—Jajaja —rió su tío—. Créeme que te entiendo. Además, seguro que soñabas que eras Batman. ¿Me equivoco?

—Algo parecido —comenzó a reír también Leo.

—Bueno, ahora a desayunar —intervino su tía—, no querrás llegar tarde al colegio.

Leo negó con la cabeza mientras se sentaba como un rayo en la misma silla que todas las mañanas. Su tía ya se había encargado de servirle un tazón de sus cereales preferidos con una buena cantidad de leche caliente. Fuera hacía un frío de mil demonios y eso le ayudaría a combatirlo.

Mientras comía los cereales, no pudo evitar echar un vistazo a su tío, que ya se había levantado y en ese momento estaba dando un cariñoso beso de despedida a su tía. Cada vez que veía ese gesto, no podía sentir más admiración por ellos dos.

Ellos eran superhéroes de verdad. Su tío se encargaba de dar caza a los malhechores y su tía de tratar de que se les aplicase el justo castigo según el nivel de su fechoría. Cada día, Leo tenía una lucha interna por decidir si de mayor quería ser policía o abogado. Aunque, la verdad, todavía le quedaban muchos años para tener que tomar esa decisión.

Su tío abandonó la casa para ir rumbo a la comisaría. Su tía, como cada mañana, llevaría a Leo hasta la casa de Mario, su mejor amigo. Desde allí, y puesto que se encontraba a una distancia reducida del colegio, ambos irían andando hasta el mismo, como cada mañana. Después su tía dejaría a Irene con sus abuelos y se marcharía a su despacho, para comenzar una dura jornada.

Una vez en casa de Mario, Leo tuvo que esperar unos pocos segundos a que éste apareciera por la puerta después de escuchar el pitido típico de su amigo de cada mañana.

Mario era un niño con muchas pecas en la cara, con unas gafas de cristal grueso y bastante alto para tener sólo once años. Casi sacaba una cabeza a Leo. Y eso que Leo se encontraba dentro de una altura razonable para la edad que tenía. A Mario se lo rifaban en los partidos de baloncesto. Además de su altura, se le daba bastante bien y tenía buena puntería. Todos tenían claro que acabaría siendo un magnífico jugador en el futuro. Mientras, entrenaba tres días a la semana en el equipo del barrio, destacando por encima de los demás.

Una vez que la madre de Mario tuvo que salir, como cada mañana, para darle el almuerzo olvidado a su hijo, comenzaron a andar en dirección al colegio.

—¿Has recibido ya la carta de tus padres este mes? —Preguntó Mario a su amigo.

—Todavía no, pero siempre suele llegar a estas alturas, supongo que a lo largo de la semana la recibiré.

—¿Todavía no saben cuándo volverán?

—No, hay mucho trabajo en el país en el que están, en su última carta me dijeron que apenas tenían tiempo para descansar, pero que eso les hacía felices porque adoran lo que hacen. De todas maneras, supongo que en pocos meses estarán aquí. Dicen que me echan de menos.

Mario no dijo nada. Era normal eso que le contaba su mejor amigo. Leo había demostrado ser muy fuerte y muy maduro cuando sus padres le contaron que debían marchar a Finlandia a realizar un trabajo muy importante. Quisieron desde el primer momento que Leo siguiera en España, con sus amigos, en su colegio, por lo que optaron por pedir ayuda a sus tíos y pedir permiso para que pudiera vivir con ellos hasta que regresaran. Todos los meses le mandaban una carta. Ya le habían explicado que era muy complicado hablar por teléfono o Internet pues iban a trabajar en una región muy remota y fría. La carta sería la forma de hablar entre ellos, como se había hecho siempre.

—¿Has hecho los deberes de mates? —Quiso saber Leo.

—Sí, pero necesité algo de ayuda, cada vez es más complicado.

Leo rio, a él no le había costado nada. Le encantaban las matemáticas —y casi todas asignaturas, para qué mentir—, las comprendía a la perfección y se lo pasaba pipa resolviendo problemas. Cuanto más complejos, mejor.

—Ya sé que a ti no —dijo Mario mirando hacia adelante—, pero tú eres de otro planeta.

Ambos rieron ante el comentario.

Llegaron a su hora al colegio y entraron en su aula. La profesora los esperaba, tocaba clase de lengua.

Leo comenzó a escuchar la clase con interés. Ese día la profesora les explicaba cómo analizar frases, pero como casi siempre, su mente se iba de vez en cuando hacia otros mundos, en los que él tenía superpoderes y en los que salvaba del villano de turno a Marta, la niña más bonita que había visto en toda su vida y que, casualmente, se sentaba dos pupitres delante de él.

Marta tenía el pelo del mismo tono que Leo, de un rubio intenso capaz de ser confundido con un rayo de sol. Sus ojos, eran de color verde y hacían que Leo quisiera mirarlos durante horas. Nunca se había atrevido a decirle nada, siempre había pensado que Marta estaría por Carmelo, otro de los amigos de Leo. Fuera como fuese, siempre se había llevado genial con ella y quería que siempre fuera así, por lo que prefería guardarse para él eso de que le gustaba.

—¿De qué estamos hablando, Leo? —La voz de la profesora lo sacó de sus pensamientos.

Éste sintió de pronto algo de nervios en su estómago, una vez más se había dejado llevar por su mente y había perdido el hilo de la clase. Miró la pizarra, trató de adivinar qué era lo último que la profesora había subrayado de la frase que estaba analizando. Se la jugó.

—Del complemento directo —dijo.

La profesora frunció el ceño durante unos instantes para luego volver a relajarlo.

—Estate atento, por favor.

Dicho esto, se giró y volvió con la explicación.

Leo resopló y decidió prestar atención, no sin antes mirar a su amigo Mario y comprobar que lo miraba divertido. Sabía que, una vez más, se había dejado llevar y que su mente no estaba en ese momento en la clase.

Miró al frente y no perdió detalle de ni una de las palabras de la profesora.

El día transcurrió sin ningún sobresalto más, durante el recreo decidieron jugar al fútbol. No

le apasionaba, la verdad, aunque tenía que reconocer que no se le daba mal practicarlos. Su tío había intentado en varias ocasiones convencerlo para que se lo tomara un poco más en serio y que se apuntara en el equipo del barrio. Casi todos sus amigos —menos Mario— estaban en él e iba a disfrutar mucho. Pero Leo no quería. Prefería pasar las tardes leyendo un buen cómic, libro de aventuras o incluso haciendo los deberes.

Al finalizar la jornada, la profesora se dirigió a él justo cuando iban a salir de clase.

—Leo, ¿puedes quedarte un par de minutos para que hablemos?

Éste tragó saliva mientras miraba fijamente a Mario, que también se había puesto blanco.

—Claro...

La profesora esperó a que todos se hubieran marchado para cerrar la puerta del aula y volver hacia su mesa, donde esperaba Leo paciente y sin decir nada.

—No te asustes —comentó sonriente—, no es nada malo.

—¿Entonces?

—Quería saber en qué piensas cuando, de pronto, dejas de prestar atención en clase.

—No pienso en nada —mintió.

—Leo, no pasa nada porque me lo cuentes.

Dudó unos instantes antes de hablar.

—Normalmente sueño con ser un superhéroe.

—Escúchame, eso está muy bien, pero tienes que prestar más atención. Eres brillante, aunque creo que podrías dar mucho más de ti. Siempre traes tus deberes hechos y, además, muy bien hechos. He llegado a pensar que tus tíos te ayudaban a hacerlos, pero les pregunté por teléfono y me contaron que no, que nunca has necesitado ayuda para hacerlos. Eso es increíble, créeme. He estado hablando con la psicóloga del centro y los profesores creemos que tienes muchas capacidades para triunfar, pero debes esforzarte mucho más y prestar atención en clase. Esto ya lo he hablado con tus tíos y, aunque ellos también charlarán contigo, he querido hacerlo yo también por separado. Tienes que ser consciente de tus posibilidades y de que puedes dar mucho más de ti todavía, por eso necesito que no te distraigas en clase. Todo lo de los superhéroes está muy pero que muy bien, pero intenta prestar atención en clase. ¿Lo intentarás?

Leo no sabía qué decir, no esperaba una charla de ese tipo, por lo que se limitó a asentir con la cabeza. Y a pensar que realmente podía ser verdad que era un genio.

—Gracias, Leo. Ahora puedes marchar. Haz ese esfuerzo y verás dónde llegas.

Él sonrió antes de salir.

¿Un genio? ¿De verdad?, pensó.

No sabía cómo tomarse eso, era consciente de sus facilidades a la hora de comprender las cosas, de asimilar todo lo nuevo y afianzar lo ya conocido, pero de ahí a ser un genio, iba mucho.

Mario lo esperaba fuera. Como no sabía si le habían echado la bronca o no por algo, prefirió no preguntar por el momento. Ya tendría tiempo.

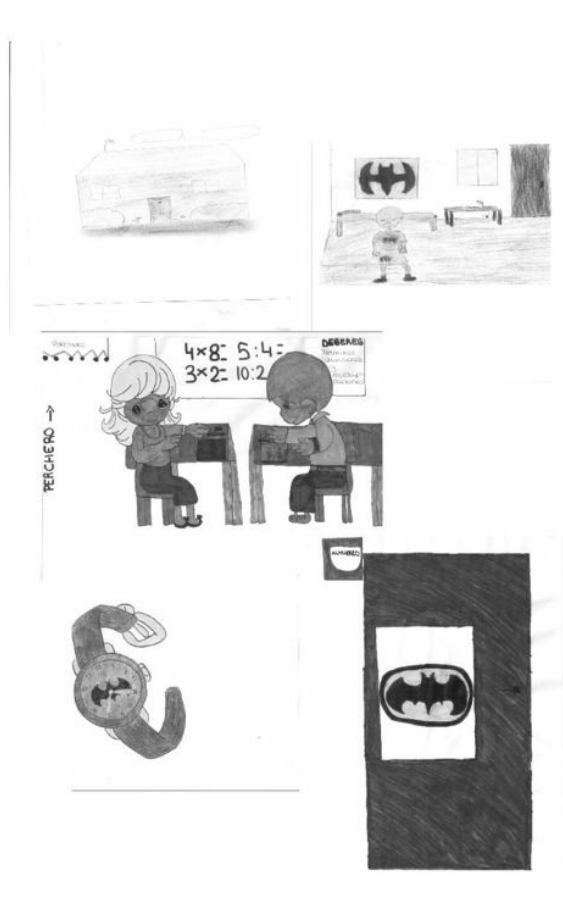
Durante el trayecto a casa Leo no habló, no dejaba de pensar en las palabras de la profesora. Un genio, nada más y nada menos. Eso le ilusionaba y aterraba a partes iguales pues no sabía qué se esperaba de él. Además, le había pedido de una manera sutil que dejara atrás todo ese mundo de los superhéroes. Eso quizá era lo que más le preocupaba pues no quería dejarlo atrás nunca.

Lo que no sabía —y ni mucho menos podía imaginar— era que los ojos que lo vigilaban desde la distancia se encargarían de que nunca dejara ese mundo. Es más, conseguirían que entrara de



lleno en él.

# Dibujos capítulo 1



## Capítulo 2

Su tía le sirvió el plato de espaguetis con tomate. Era su comida favorita, desde siempre lo había sido. No le hubiera importado comer todos los días lo mismo, pero su tía no hacía más que repetirle que no era posible ya que no era saludable y tenía que comer de todo —eso incluía comidas con verduras, ricos guisos y otras magníficas comidas que sus tíos le preparaban—. A cambio de eso le prometió que al menos, una vez por semana, comería espaguetis.

Su tío no vendría hoy a comer, esa semana le tocaba comer en comisaría, por lo que hasta la hora de la cena no lo vería.

A pesar de tener su comida favorita delante, no paraba de jugar con ella y su tenedor.

—¿Pasa algo, Leo? —Quiso saber su tía que se había dado cuenta de ese detalle.

—No, nada...

—Sabes que me puedes contar cualquier cosa, ¿no?

Leo lo pensó unos instantes. Era verdad. No tenía dudas de que podía contar cualquier cosa a sus tíos, éstos siempre le habían mostrado su confianza para que pudiera hacerlo.

—La profe me ha dicho que cree que puedo ser un genio.

—¿Te sorprende, cariño? —Comentó sonriendo.

—Sí, la verdad. Yo no creo que sea un genio.

—¿Por qué?

—Creo que los genios inventan cosas, resuelven problemas complicadísimos, descubren secretos muy antiguos... Yo... no me veo capaz para nada de eso.

Su tía sonrió.

—No, Leo, ser un genio no se trata de eso. Ser un genio es ver un mundo más allá de lo que los propios ojos pueden ver. Es justo lo que tú haces. Pero, ¿es lo único que te ha dicho?

—Ohm... bueno, no. Dice que tengo que esforzarme algo más para dar todo de mí.

—¿Y qué piensas de eso?

—Que sí podría hacerlo. Es cierto que me distraigo mucho, pero es algo que no puedo controlar. Me gustaría no hacerlo. Aunque prometo que lo intentaré.

Su tía se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Sé que lo harás. Ahora, come y después cepíllate los dientes. Después del colegio puedes ir a casa de Mario y quedarte después a cenar y a dormir. He hablado con sus padres y no me han puesto ninguna pega. Mañana es sábado y no hay colegio, por lo que disfruta mucho.

Leo sonrió a su tía. Siempre encontraba las palabras que lo hacían sentir mejor cuando las dudas venían a él.

La tarde transcurrió tranquila, trató de poner toda su atención en clase, dar lo máximo de sí mismo, como había prometido. Una vez salió del colegio, Mario y él se dirigieron a la casa del

primero. Iban hablando acerca de lo que iban a hacer durante la tarde cuando de repente Leo — que no iba mirando hacia adelante sino a su amigo— topó con alguien y cayó al suelo.

—Disculpe... —dijo desde su nueva posición— No le he visto.

Sin moverse miró hacia arriba y vio a un hombre que mediría al menos dos metros, vestía una larga gabardina de color marrón con las solapas hacia arriba y un imponente sombrero del mismo color. Tanto las solapas como el sombrero ocultaban gran parte del rostro, aunque Leo pudo ver una sonrisa tan siniestra en su cara que todos sus músculos quedaron paralizados. El extraño no se movía de su sitio, parecía divertirse la situación. Mario también lo miraba asustado, no sabía si echar a correr o comenzar a gritar pues estaba completamente atemorizado.

El hombre se agachó algo en dirección a Leo y mostró algo más de su rostro. Una horrible cicatriz recorría casi toda su cara, parecía tener bastante tiempo, como si se la hubiera hecho hacía muchos años.

Leo trató de gritar, pero no consiguió que ningún sonido saliera de su boca. De pronto, y cuando ya creía que algo terrible iba a suceder, una mano se posó sobre el hombro del macabro hombre. Leo no pudo evitar mirar hacia el nuevo hombre que había entrado en escena. Su imagen era la contraria a la del hombre de la cicatriz. Éste vestía con un pantalón vaquero y un jersey de color gris claro. No llevaba sombrero ni nada que pudiera ocultar su rostro, que parecía haber sido sacado de un anuncio de televisión. Parecía ser fuerte pues a través de su atuendo se podía distinguir una masa muscular fibrada.

Leo observó cómo éste hacía un gesto negativo con su cabeza mientras miraba al hombre de la cicatriz. Al último le cambió el rostro enseguida y comenzó a alejarse dando pasos para atrás, como si una fuerza le estuviera empujando a hacerlo.

Poco después dio media vuelta y volvió por donde, al parecer, había venido.

El extraño salvador tendió su mano a Leo.

Éste dudó si aceptarla o no, pero al fin y al cabo lo había salvado de lo que fuera que pudiera sucederle, así que lo hizo.

—Deberías tener más cuidado, Leo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Eso no es lo importante ahora. Lo que importa es lo que ha estado a punto de suceder. Llevo tiempo observándote, cuidando de que no te ocurra nada, pero creo que ha llegado a la hora de que empieces a hacerlo por tu cuenta.

Leo miró a Mario, éste tampoco entendía nada de lo que el hombre decía.

—Señor, no sé de qué me habla. Le agradezco su ayuda, pero si no le importa me voy a marchar. No debería hablar con extraños. Gracias igualmente por su ayuda.

Hizo un gesto a su amigo y ambos comenzaron a andar con las piernas todavía temblorosas. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero sólo quería llegar sano y salvo a casa de Mario. Después trataría de pensar acerca de la situación, pero ahora no.

—Leo —dijo la voz del hombre a su espalda—. No puedes seguir evitándolo, es tu destino. Tu hora ha llegado y debes aceptarlo. Mañana iré a buscarte a casa de tus tíos, tenemos que empezar con tu entrenamiento.

Leo se giró y miró perplejo a ese hombre.

—Señor, no iré a ninguna parte. Por favor, déjeme en paz. Mi tío es policía, al llegar a casa le contaré todo esto e irá a por usted y a por el de la cicatriz.

El hombre rio.

—Ya que vas a hablar con tu tío. Pregúntale sobre el Escuadrón Gamma y lo que tus padres tienen que ver con eso. ¿Helsinki? Ya se les podría haber ocurrido algo mejor.

Leo se quedó paralizado. ¿Cómo sabía él eso último?

—Mañana nos vemos, Leo. Prepárate porque va a ser muy duro —dijo a modo de despedida.

El hombre comenzó a andar, alejándose de ellos y sin mirar atrás.

Leo y Mario no comenzaron a andar hasta que no lo perdieron de vista. No se atrevieron a hablar de lo sucedido pues los dos estaban muy asustados. Llegaron rápido a casa de Mario. Una vez allí, éste último no pudo evitar comentar los hechos.

—Leo, ¿qué es lo que ha pasado?

—Mario, te prometo que no tengo ni idea. No sé quiénes son esos hombres. No sé cómo sabe mi nombre. No sé nada.

—¿Y eso que ha dicho de tus padres? ¿Y eso del Escuadrón Gamma?

—De verdad que no lo sé. Tengo que hablar con mis tíos. Lo siento, Mario, pero hoy no me voy a poder quedar en tu casa. Hay muchas cosas que tengo que saber.

Éste se limitó a asentir. Entendía lo que su amigo decía.

Esperó a que fueran las siete de la tarde, hora en la que sus tíos ya se encontrarían en casa y desde casa de Mario llamó a su tía. Ésta se asustó un poco, pues Leo no quiso darle ninguna explicación de por qué no quería quedarse en casa de su amigo.

Durante el trayecto en coche no hablaron. Su tía cada vez estaba más preocupada.

Nada más entrar en casa, Leo fue directo al salón. Su tío pasaba el paño por los muebles. Éste lo dejó al verlo aparecer, también estaba preocupado por lo que hubiera podido suceder.

—Quiero hablar con vosotros —dijo Leo.

Sus tíos se miraron y asintieron con cierto miedo. ¿Qué estaba pasando?

Los tres tomaron asiento en el amplio sofá del salón.

—Tú dirás —dijo su tío para romper el hielo.

—Necesito que me contéis la verdad. Contadme qué es el Escuadrón Gamma.

Su tía tragó saliva al escuchar esas palabras. Su tío se puso blanco como un folio y comenzó a mirar a su mujer muy preocupado.

—¿Cómo sabes tú eso? —Logró decir su tía con evidente gesto de angustia.

—Me he topado con un hombre con una gran cicatriz, después ha venido otro que ha hecho que se marchara sólo poniéndole una mano en el hombro. Me ha dicho que os pregunte por el escuadrón y por mis padres. ¿Qué está pasando?

Sus tíos volvieron a mirarse por enésima vez. Fue su tío quién habló.

—Sabíamos que este día tenía que llegar, lo que no imaginábamos es que fuera tan pronto. Esto que te voy a contar es muy complicado, tienes que creer cada palabra que te diga porque no te voy a ocultar nada. ¿Estás preparado?

Leo tardó en asentir, pero al final lo hizo.

—Verás, Leo, el mundo no es exactamente como lo conoces. Bueno, mejor dicho, hay otro mundo aparte del que tus ojos pueden ver. Sabes que en este hay buenos y hay malos, pero al fin y al cabo no dejan de ser gente corriente. ¿Y si te dijera que hay buenos y malos extraordinarios?

—¿Como si fueran superhéroes y villanos?

—Justo, como superhéroes y villanos.

Leo no pudo procesar la información tan rápido como le hubiera gustado. No podía creer que lo que estaba diciendo su tío fuera cierto.

—Leo, sé que es difícil de creer lo que te estoy contando, pero como te he dicho necesito que me creas. No te puedo mentir en esto. Sí, los superhéroes existen. Creo que habrás escuchado alguna vez el refrán: «Cuando el río suena, agua lleva». Pues sí, quiere decir exactamente eso. Si has oído hablar tanto de ello, será porque algo de cierto hay.

—¿Entonces el Escuadrón Gamma es un grupo de superhéroes?

—Poco se sabe de ellos. Como comprenderás es algo tan fuera de lo común que no se va hablando por ahí de ellos. Lo poco que sé es que sí lo son. Son un grupo de superhéroes que se encargan de mantener el mundo tal y como lo conoces. Tal y como lo conoce toda la gente. Un mundo sin que los villanos puedan ir por ahí haciendo de las suyas. Sin el Escuadrón Gamma todo sería un caos.

—¿Y qué tienen que ver mis padres con esto?

—Verás, tus padres no tuvieron más remedio que mentirte y contarte que se marchaban a Finlandia. No sabían qué sería de ellos y cuando ocurrió eras un niño muy pequeño.

—¿Pero qué ocurrió?

—No lo sabemos, Leo. He intentado ponerme en contacto con ellos miles de veces desde que se fueron. Ojalá pudiera darte respuesta a eso.

—¿Entonces me estás queriendo decir que mis padres formaban parte de ese Escuadrón?

—En efecto. Tus padres son superhéroes, Leo.

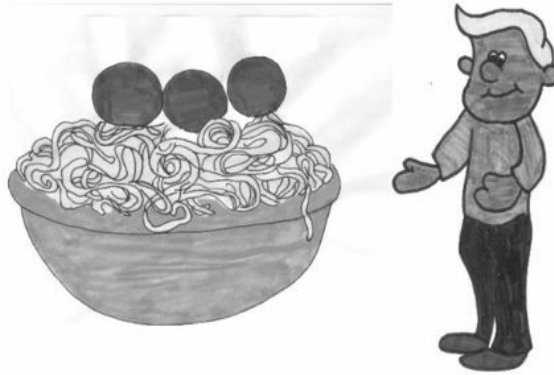
El niño se quedó paralizado ante esa afirmación. No quiso pellizcarse para saber si otra vez estaba dentro de un sueño o si era de verdad realidad, pero en verdad lo necesitaba.

—Y yo... ¿Qué tengo que ver con todo esto? ¿Por qué ese hombre ha dicho que pasaría a buscarme mañana por la mañana?

Su tío respiró profundo antes de hablar. Miró a su tía, ésta asintió, Leo merecía saber la verdad.

—Eres hijo de superhéroes, Leo. Eso implica que tú también tienes poderes. Que los emplees para el bien o para el mal depende del entrenamiento y de los conocimientos que recibas. Ese hombre que vendrá mañana es Sauro, uno de los miembros de apoyo del Escuadrón Gamma. Ha llegado tu hora, Leo, ha llegado la hora de que te conviertas en un superhéroe.

Dibujos capítulo 2:



### Capítulo 3

Y llegó el momento. La noche había sido algo más larga de lo que le hubiera gustado. Solía dormir plácidamente casi siempre, pero esa noche, cada vez que cerraba los ojos parecía que un muelle volvía a abrírselos. La última vez que miró el reloj-despertador de su mesita de noche eran las cuatro de la mañana. Puede que se durmiera sobre esa hora. Fuera como fuese, cuando su tía le besó la frente para despertarlo, Leo sentía que las fuerzas no estaban con él para pegar un salto y comerse el mundo.

—Ha llegado la hora, mi pequeño Batman —dijo su tía con la más dulce de las voces.

A Leo le encantaba que le llamara pequeño Batman, pero ese día aquello le sonaba distinto. Hacía que su estómago sintiera un cosquilleo que nunca antes había sentido. Parecía indicarle que ese día no sería como los demás.

—¿Ha llegado ya? —Preguntó el muchacho mientras se frotaba los ojos con las manos.

—No, pero son las ocho menos cinco de la mañana. Por lo poco que conozco a Sauro no tardará en hacerlo. No creo que quiera perder tiempo.

—Tía, ¿cuánto tiempo estaré fuera?

—Ojalá lo supiera, pequeño —contestó con algo de pena.

—¿Y el colegio?

—Tendremos que hacer algo que odiamos, pero no hay otro remedio. Tendremos que mentir y decir que te has ido a Finlandia un tiempo con tus padres. Seguro que lo entenderán.

Leo sonrió a su tía. En el fondo estaba entusiasmado aunque prefería que no se le notara, ya que su tía estaba muy apenada por su marcha. Durante la noche no había podido dejar de pensar en la conversación con su tío. ¿Él tenía poderes? ¿Qué clase de poderes? Había soñado mil y una veces con una situación parecida, pero ahora que parecía ser verdad, apenas podía creérselo ya que aquello parecía sacado de uno de los cómics que tanto le gustaba leer.

Su tía bajó. Su tío estaba preparando el desayuno y la casa entera olía a tortitas recién hechas. Leo se vistió, aunque en esa ocasión prefirió no ponerse ninguna prenda con el dibujo de ninguno de sus superhéroes favoritos. Parecía que la situación sería algo ridícula. No hizo maleta, no tenía ni idea del tiempo que iba a estar fuera de casa de sus tíos, pero le habían dicho que al lugar al que iba no necesitaba ningún equipaje. Allí tendría todo lo que necesitara. Eso sólo hizo que su curiosidad se acrecentara.

Bajó por las escaleras algo nervioso. Su tío lo miró mientras echaba sirope de chocolate sobre sus tortitas. También parecía nervioso. Leo tomó asiento y comenzó a desayunar. Parecía que todo estaba calculado, porque al acabar con el último bocado, el timbre sonó.

Su tía abrió la puerta.

—¿Está listo? —Dijo Sauro a modo de saludo.



—¿Tiene que ser ahora, de verdad?

—Sabes que no hay otro remedio. Todo depende de ellos. Las cosas se están complicando por momentos.

Su tía agachó la cabeza. Aunque le hubiera gustado que Leo no se hubiera marchado, sabía que no había otra opción.

Su tío se acercó a Leo, éste miraba a Sauro tembloroso.

—Leo. Hay mucha fe puesta en ti, todavía no lo comprendes, pero algún día lo harás. Da lo mejor de ti mismo, esfuérzate al máximo y haz caso en todo lo que te digan. Espero que nos veamos muy pronto. Haznos sentir tan orgullosos como siempre.

Sin más, éste lo abrazo. A ese abrazo se unió su tía enseguida. Permanecieron así más de dos minutos.

—Por favor, cuídate —dijo su tía entre lágrimas.

Leo salió de la casa sin decir nada. No quería volver la mirada atrás para no arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer. El coche de Sauro estaba aparcado frente a la vivienda. El muchacho no supo identificar la marca, era la primera vez en su vida que veía un vehículo parecido, pero parecía ser un modelo carísimo, pues su línea deportiva no indicaba otra cosa.

—Pronto volverás a verlos, muchacho, no te preocupes —comentó Sauro mientras arrancaba el motor.

Dicho esto salió.

Anduvieron un buen rato callejeando con el coche. Su ciudad era grande y Leo no la conocía entera ni por asomo, por lo que no tenía ni idea de dónde se encontraban en aquellos momentos. De pronto, Sauro entró en un callejón, no parecía tener salida pues un muro de ladrillo les cortaba el paso al fondo. Pisó el acelerador con más fuerza, lo que asustó a Leo ya que vio que iban directos al muro. El muchacho sentía que su corazón se iba acelerando más y más según los metros hacia el impacto se iban agotando. Apretó con fuerza sus manos contra el asiento cuando el golpe era inminente. De pronto y a toda velocidad, el muro se abrió en dos por su centro, revelando un pasadizo que Sauro siguió con su coche.

—Lo siento por el susto —dijo sonriendo—, pero me encanta hacerlo cada vez que traigo a alguien nuevo a este lugar. Te presento el cuartel general del Escuadrón Gamma.

Leo miró por la ventanilla con la boca abierta. El pasillo por el que iban con el coche parecía interminable. Estaba iluminado en ambos lados con decenas de focos. Las paredes estaban pintadas con colores vivos que daban la sensación de estar dentro de un lugar con cierta alegría. Leo esperó que en realidad fuera así.

Llegaron hasta un aparcamiento en el que varios coches esperaban a sus dueños. Todos los vehículos eran de alta gama, eso sorprendió mucho al muchacho.

Bajaron del coche. Sauro indicó a Leo que lo siguiera. Abrió una puerta que tenía un teclado numérico con contraseña en su lado derecho y pasaron por ella. Al entrar en la sala, Leo no podía creer lo que veían sus ojos. Decenas de pantalla de ordenador juntas hacían a su vez de monitor gigante que mostraba un sinfín de datos que para él no tenían sentido. Varias personas trabajaban frente a teclados y no dejaban de mirar esas pantallas, que cambiaban una y otra vez de imagen.

—Señoras y señores, creo que ya conocen a Leo.

Todos se dieron la vuelta. Sus rostros se volvieron sonrientes y se levantaron rápidamente para saludar al pequeño. Leo no entendía el nivel de efusividad en su saludo, pero parecían muy

contentos de que se encontrara en esas instalaciones.

—Por fin, hijo —dijo el que parecía de más edad de todos los presentes—. Hemos esperado mucho tiempo a que vinieras. Contigo, todo cambia.

Leo enarcó una ceja. No entendía qué quería decir ese hombre.

—Señores, si no les importa, vuelvan a sus trabajos. Leo necesita asimilar el lugar en el que se encuentra, si lo abrumamos será peor. Ya tendrán tiempo de hablar con él sobre lo que deseen —dijo Sauro a la vez que apartaba a Leo de la marabunta de gente que se había formado a su alrededor.

—¿Por qué ha dicho eso? —Quiso saber Leo.

—Todo a su debido tiempo. Tendrás tiempo de sobra para que todas tus preguntas sean contestadas. Por lo pronto te voy a presentar al resto del Escuadrón Gamma. Ven.

Sauro comenzó a andar hacia otra puerta con código de seguridad. Al parecer, todas las puertas de aquel lugar lo tenían.

Anduvieron por un largo pasillo. Leo nunca había visto nada igual pues parecía sacado de una película de ciencia ficción. El blanco predominaba por encima de todo, pero había ciertos tonos rojos y azules en lo que parecían paneles incrustados en las propias paredes que conferían al lugar un aspecto futurista.

Sauro se detuvo frente a lo que parecía ser una puerta.

—Ésta será tu habitación. Como ves, la puerta tiene un código de seguridad, tú mismo lo elegirás. Eso garantizará que sólo tú o quien tú quieras podrá entrar en ella. Todas las habitaciones de este cuartel son iguales. En el armario tienes algo de ropa, pero iremos a comprarte toda la que necesites mientras estés aquí. El dinero no es un problema, tenemos un benefactor que corre con todos los gastos. En cuanto podamos te lo presentaré. Puede que te sorprenda.

Leo sonrió a Sauro, todo aquello parecía un internado y sin embargo le estaba entusiasmando.

—Ahora —prosiguió—, como te he dicho, vayamos a conocer a tus compañeros. Les he dicho que nos esperaran en la sala de ocio.

Siguieron avanzando por el pasillo. Leo no dejaba de mirar a un lado y a otro, construir aquel lugar secreto tenía que haber costado una fortuna. ¿Quién sería ese benefactor y cuánto dinero tendría para haber podido pagar todo aquello?

Llegaron a una puerta un poco más grande que las que había visto hasta ahora.

—Ésta es la sala de ocio, el código de acceso es 123321. Sí, es muy sencillo, pero aquí dentro no hay nada con valor verdadero como para que nos preocupemos por la seguridad.

Sauro introdujo el código y pasaron al interior. La sala era enorme, casi tan grande como toda la casa de sus tíos. Al entrar, Leo se quedó con la boca abierta. Ahí había todo lo que un niño pudiera desear. Futbolines, mesas de air hockey, de pingpong, tableros de ajedrez, varias televisiones con distintos modelos de famosas videoconsolas... Un mundo de ensueño en unos cuantos metros cuadrados. Al fondo había un corro de varios sillones. Parecía que había gente sentado en ellos.

—Allí es —le indicó Sauro.

Ambos fueron al punto indicado. Al llegar, Leo comprobó muy sorprendido cómo otros cinco niños estaban sentados en esos sofás, charlando animadamente entre ellos.

—Chicos —dijo Sauro—, éste es Leo.

Ninguno dijo nada, todos lo miraron de arriba abajo sin pestañear. Eran tres chicas y dos chicos. Leo calculó que todos tendrían más o menos su edad. Año arriba, año abajo.

—Hola —dijo al fin Leo tratando de romper el hielo.

Uno de ellos, de pelo moreno y alborotado le sonrió.

—Bienvenido, Leo, te esperábamos. Soy Lucas. Éstos son Gabi, Julia, Carolina y Daniela.

—¡Hola! —Saludaron todos al unísono.

—¿Así que éste es el famoso Leo? —Preguntó Carolina, una muchacha de pelo castaño.

—¿Entonces ya estamos todos? —Quiso saber Lucas, que se caracterizaba por sus incontables pecas en la cara y su pelo alborotado.

—Sí, aunque debéis de dar un tiempo a Leo para aclimatarse al lugar. Vosotros ya lleváis aquí casi dos semanas y ya conocéis cómo funciona todo esto. Leo necesita asimilar muchas cosas. Empezaré un entrenamiento en solitario con él. Hasta ayer mismo no sabía nada de la existencia de todo esto.

Todos asintieron al unísono.

—¿Quieres que juguemos un rato al fútbolín, Leo? —Preguntó Gabi, de pelo moreno y muy corto.

—No, Leo tiene que empezar ya con su entrenamiento. El tiempo corre en nuestra contra —dijo una voz desde la puerta. Esa voz era, quizá, la voz más fuerte y prominente que Leo jamás había escuchado en la vida. Había algo extraño en ella, algo que hacía que te quedaras paralizado nada más escucharla.

—Claro —contestó Sauro rápidamente y dándose la vuelta hacia esa voz—, tiene toda la razón, señor Wayne.

Leo sintió que sus piernas no se podían mover del lugar. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo dejándolo completamente helado. ¿Había dicho señor Wayne? Eso tenía que ser una casualidad, tenía que ser una maravillosa casualidad.

Le costó horrores, pero poco a poco y según su asombro lo fue dejando, se giró hacia la voz. En la puerta había un hombre de pelo canoso. A pesar de su aparente vejez, parecía fuerte, muy fuerte. Su barbilla era cuadrada y su cara denotaba una seguridad nunca vista por el muchacho. Éste emitió una mueca de sonrisa ante la sorpresa del muchacho. Se acercó hasta él.

—Leo, no sabes las ganas que tenía de saludarte en persona —dijo tendiéndole la mano.

A Leo le costó reaccionar y devolverle el saludo. Era imposible que fuera “Él”.

—Siento que hayas tenido que venir tan de repente —continuó—. Yo he montado todo esto que ves, yo fundé este Escuadrón para proteger el mundo que conocemos. Mi nombre es Bruce Wayne.

Dibujos capítulo 3:



## Capítulo 4

Leo todavía no estaba seguro de estar caminando junto a Bruce Wayne, el hombre sobre el que tanto había leído y que sólo creía que podía existir en un mundo de cómics y películas. ¿Toda la leyenda alrededor de Batman era cierta entonces? Tenía mil preguntas que hacerle al multimillonario, pero una mirada de Sauro mientras avanzaban de nuevo por el largo pasillo indicó al muchacho que todavía no era el momento.

En esta ocasión se detuvieron frente a una puerta que se encontraba más o menos a mitad del recorrido. Era doble y, por su apariencia, parecía ser algo más importante que el resto.

—Es aquí —dijo Sauro a la vez que introducía el código en el panel numérico.

La puerta se abrió y esperó a que Wayne entrara primero en señal de respeto. Después indicó a Leo con la cabeza que podía pasar para acabar entrando él mismo.

La estancia era todo lo contrario que Leo hubiera podido esperar. No había nada en ella salvo una pantalla no demasiado grande pegada a una pared con un teclado parecido al de un ordenador debajo de ella.

—Ésta es la sala de entrenamiento —comenzó a hablar el señor Wayne—. Aquí pasarás la mayor parte del día, Leo. Tus compañeros se encuentran en un punto más avanzado que tú, por lo que todavía no te unirás a ellos en sus entrenamientos. Me encargaré personalmente de que puedas sacar todo tu potencial en el menor tiempo posible.

Leo miró al hombre sin saber muy bien qué decir. Eran tantas las preguntas que rondaban por su cabeza que no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Sé que tienes muchas dudas. Intentaré resolverte las que pueda porque soy consciente de que con ellas no podrás entrenar en condiciones. Pregunta lo que quieras.

El muchacho dudó unos instantes antes de preguntar.

—¿Es usted...?

—¿El Bruce Wayne del que hablan los cómics y películas?

Leo se sonrojó. Era justo lo que quería preguntar. Bruce comenzó a reír ante el gesto.

—No sé si soy exactamente el Bruce Wayne del que se escribe, pero sí, en cierta medida soy yo. Supongo que han exagerado un poco acerca de mi personaje, intento no estar al tanto de lo que se diga de mí o podría volverme loco. Pero sí, existo, la ciudad de Gotham existe también, aunque se le puso ese nombre ficticio para proteger a sus habitantes.

—¿Entonces, Batman existe?

—Claro. Si te soy sincero creo que todo este universo que se ha creado alrededor de mi figura ha servido para ocultar mi existencia a los ojos de todos. Cuesta creer que alguien del que se habla en un cómic pueda existir de verdad.

Leo asintió. Al menos él pensaba así.

—¿Y por qué creó todo esto, señor Wayne?

—Como comprenderás no soy el único que se dedica a luchar contra el mal desde la clandestinidad. Hay otros de los que también seguro has leído y también existen. Pero ya somos mayores, como puedes ver. Una nueva generación de superhéroes llegó y con ella hubo mucho descontrol. Tomé la decisión de unificar a los mejores y crear un escuadrón coordinado para la lucha contra el crimen. Como comprenderás, no hablo de un crimen a escala menor. Para eso tenemos a los cuerpos del orden que cumplen a la perfección con su labor. Hablo de genios del mal, hombres y mujeres sin escrúpulos que son capaces de cualquier cosa con tal de conseguir su propósito. Por desgracia, a esos no les puede hacer nada la policía. Ahí entramos nosotros. Más bien, vosotros.

El muchacho sintió cómo los poros de su piel se erizaban. La idea de combatir el mal le fascinaba, aunque no se sentía capaz.

—Entiendo tus dudas, Leo —continuó Bruce Wayne—. Sé que de la noche a la mañana te has visto envuelto en todo esto. Como ya sabrás, tus padres formaban parte del Escuadrón Gamma, así como los padres de los otros muchachos que acabas de conocer. Sí, ser hijo de superhéroes implica que tú también lo eres. En el caso de los otros chicos, o su padre o su madre son superhéroes. Pero sólo uno de sus padres, no los dos. Normalmente el descendiente recibe el poder de su ascendencia.

—¿Y yo, de quién de los dos lo he recibido y cuál es?

—Verás, Leo, tu caso es algo particular. Como te he dicho, normalmente sólo uno de los progenitores suele ser el héroe, pero en tu caso, tanto tu madre como tu padre lo son, por lo que has recibido poderes de ambos. Eres un caso sin precedentes, al menos que yo sepa. Eso implica mucho, desde que puede que seas el mayor superhéroe de la historia hasta que no tengamos ni idea de cuáles son tus poderes, pues eres único.

Leo se quedó petrificado. ¿Había dicho el mayor superhéroe de la historia?

—Pero para eso estamos aquí —siguió hablando el multimillonario—, para descubrir tu poder y potenciarlo. Las cosas están mal, muy mal. Una nueva sombra ha emergido. Esa sombra ha sido la que ha destruido al antiguo Escuadrón Gamma, el formado por tus padres y padres y madres de tus compañeros. No sabemos qué ha sido de ellos, suponemos que los tienen secuestrados en algún lugar. Vuestra misión será tratar de liberarlos y acabar con la amenaza que supone para el mundo ese mal que te he contado.

—¿Pero qué es esa amenaza?

—Es algo muy parecido a vuestro escuadrón, sólo que sus intenciones son ruines y mezquinas. Quieren acabar con el mundo tal y como lo conocemos, someter a todos los habitantes del planeta a una esclavitud sin precedentes y sembrar el pánico. Para ello, Vertinguer, que así se llama a su líder, ha reclutado a la peor escoria de este mundo. Conozco a la mayoría de sus esbirros pues he luchado contra ellos en incontables ocasiones y, créeme, son muy peligrosos. No tienen miedo a nada, sólo a su líder, por lo que nada los detendrá en su empeño. Ya han comenzado a sembrar el terror en varias ciudades y ahora le toca el turno a ésta. Saben que nuestra base de operaciones se encuentra aquí y quieren acabar con nosotros. Debemos impedirlo. Por eso debes entrenar muy duro.

Leo miró a su alrededor.

—¿Pero, aquí? —Preguntó extrañado.

—Sí, ¿algún problema?

—Aquí no hay nada. Todo está vacío.

Bruce Wayne sonrió. Miró a Sauro, que asintió y se dirigió hacia la pantalla con el teclado. Tocó varias teclas y, de pronto de la nada, un circuito de pruebas apareció en el centro de la estancia. Había de todo para escalar, para saltar de un sitio a otro, para trepar, etc. Leo no podía creer lo que veían sus ojos.

—Acércate y toca cualquiera de los obstáculos —dijo el señor Wayne.

Leo obedeció e indeciso se acercó. Alargó su mano derecha y tocó uno de los montículos que servían para ser trepados. Era sólido, pero, ¿cómo podía ser eso?

—Te presento los últimos avances en realidad aumentada. Es algo que va mucho más allá de la realidad virtual pues los objetos que ves están siendo proyectados por veinticinco mil sensores que hay instalados en las paredes de esta habitación. Hay algunos encargados de dar la imagen y otros tantos de construir esos objetos haciendo presión en las propias moléculas de aire de la habitación. Cómo no, no paramos de meter más aire durante estas proyecciones para que no notemos nada en nuestra respiración. Pero esto que ves no lo es todo. Sauro, procede.

Éste asintió desde su posición y tecleó algo de nuevo.

El circuito desapareció y de pronto cinco hombres ocuparon el centro de la sala. Uno de ellos miró a Leo y se dirigió hacia él. Sin más, cuando llegó a su posición, le empujó haciendo que el muchacho cayera el suelo.

—Como verás, esto es mucho más real de lo que parece —dijo Wayne—. La parte positiva es que gracias al ordenador podemos elegir intensidad de cada entrenamiento según el nivel que vayas adquiriendo. Empezaremos por algo suave. Todavía no sabemos nada de ti. Sauro, acompaña a Leo a su habitación y dale la ropa de entrenamiento. Comenzaremos tan pronto se haya cambiado.

Sauro asintió e hizo una señal a Leo para que lo acompañara.

Fueron hasta su habitación y abrió el armario. De él sacó unos pantalones algo anchos y una casaca del mismo color sin mangas.

—Con esto estarás cómodo para entrenar. Tendrás uno listo cada día. Ahora ve con el señor Wayne. Entrenarás directamente con él. No sabes el privilegio que eso supone.

Leo pensó detenidamente las palabras de Sauro. Tenía razón, entrenar con Bruce Wayne era algo con lo que había soñado durante mucho tiempo. Lo que no imaginaba es que ese sueño pudiera hacerse realidad.

Acudió de nuevo a la sala de entrenamiento. Bruce Wayne también se había cambiado de ropa, llevaba un atuendo igual que el de Leo.

—Está bien, Leo. Comenzaremos con algo sencillo. Tu poder está oculto en ti, tenemos que sacarlo a la superficie y eso sólo se consigue provocando situaciones complicadas. Pero tranquilo, no iremos directos a eso. Lo primero es saber cómo vas de reflejos. Es esencial para un superhéroe saber esquivar golpes. Mucho más que atacar.

Leo asintió con la cabeza. Estaba algo nervioso porque no sabía qué se le venía encima.

—Colócate aquí —dijo el señor Wayne llevando a Leo del hombro hasta el centro de la sala y colocándolo recto, con los brazos hacia abajo—. Te pondré esto en los ojos—le mostró una cinta negra. Cuando eres un superhéroe, los ojos apenas te sirven. Tienes que agudizar todos tus sentidos.

Le colocó la cinta en los ojos.

—Ahora activaré una prueba de reflejos en el ordenador — y se dirigió hacia el teclado.

Toqueteó el sistema y aparecieron unos sacos colgados del techo alrededor de Leo.

—Ahora tienes unos sacos alrededor. Los lanzaré despacio hacia ti y tú deberás esquivarlos sin verlos. ¿Estás listo?

Leo asintió. Bruce agarró uno de los sacos y lo lanzó suavemente hacia la espalda de Leo. El objeto impactó de manera leve en él, haciendo que se moviera ligeramente del lugar.

Bruce sonrió y agarró otro saco. Lo lanzó por uno de sus laterales. Leo se movió tratando de esquivarlo, pero de igual manera impactó en él.

Volvió a lanzarle seguidos cinco sacos más, golpeando todos y cada uno de ellos contra Leo, que era incapaz de esquivarlos.

—Es imposible hacerlo —comentó desesperado el muchacho al ver que no conseguía esquivar ni uno.

—Eso es porque quieres verlos y no puedes. Olvídate de tus ojos porque ahora no dispones de ellos. ¿Qué sentidos te quedan libres?

Leo pensó antes de hablar.

—El gusto, el tacto, el olfato y el oído.

—¿El oído? Interesante... Concéntrate. ¿Puedes escuchar cómo agarró el saco?

Leo trató de concentrarse. No oía nada.

—Ese es tu problema, Leo. Te concentras en oír, pero no en escuchar. Escuchar es prestar atención a lo que oyes. Si escuchas serás capaz de distinguir entre los sonidos que oigas y podrás separar los importantes de los que no lo son. Vuelve a probar.

A pesar de llevar la venda puesta, Leo cerró los ojos. Oía el ruido de lo que parecían ser ventiladores, oía su propia respiración, oía la de Bruce. Entonces se centró en eso último y la comenzó a escuchar. Le escuchó moverse hacia su derecha. Escuchó cómo sus manos agarraban uno de los sacos, estaba seguro de que era a su derecha. Escuchó el impulso de moverlo hacia atrás. Escuchó cómo lo soltaba.

Hizo un rápido movimiento y el saco pasó a su lado sin tocarle ni un pelo. Lo había hecho. Lo había esquivado.

Comenzó a sonreír pues ni él mismo creía lo que acababa de conseguir. Bruce no lo hacía. No le hacía gracia que tras ese momento de satisfacción, el saco volviera por el otro lado y golpeará a Leo tirándolo al suelo.

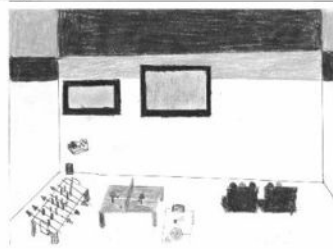
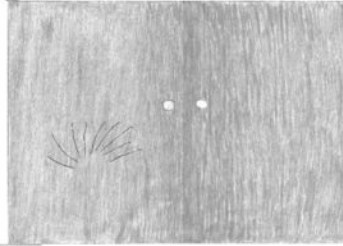
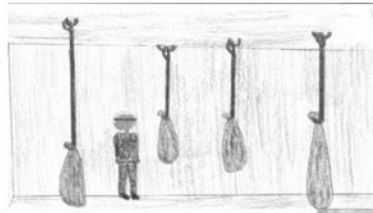
—Todo lo que va, vuelve —comentó Bruce Wayne.

En la sala de ocio, sus compañeros miraban a Leo preocupados por la pantalla que tenían enfrente. No perdían detalle del entrenamiento gracias a una cámara que había en una de las esquinas de la habitación.



—¿Y éste es el supuesto elegido? —Comentó Lucas— Pues estamos apañados.  
El resto asintió.

Dibujos capítulo 4:



## Capítulo 5

Un nuevo día amaneció. Leo abrió los ojos despacio alertado por el sonido del despertador, le costaba horrores hacerlo pues estaba agotado después del día anterior. Miró con dificultad hacia la mesita de noche que había al lado de su cama y comprobó cómo eran todavía las seis de la mañana. El despertador era controlado desde la sala central de comunicaciones y por eso había sonado tan temprano. Si hubiera sido por él se hubiera quedado en cama toda la mañana. No recordaba qué había soñado, estaba tan cansado que ni siquiera estaba seguro de haberlo hecho.

Se levantó como pudo y se dirigió hacia el armario. Sauro le había ordenado específicamente que volviera a vestirse con ropa de entrenamiento pues nada más desayunar volvería a la carga con su preparación.

Una vez vestido salió en dirección al comedor.

Al llegar se encontró con sus compañeros de escuadrón. No había vuelto a coincidir con ellos pues terminó muy tarde su entrenamiento con el señor Wayne. A esas horas ellos ya habían cenado y ya se encontraban en sus respectivas camas.

—Buenos días, Leo —le recibió una enérgica Carolina.

—Buenos días —dijo éste en general.

—¿Cómo has dormido? —Quiso saber Julia.

—Como un tronco, estaba muy cansado y caí nada más acostarme.

Todos sonrieron.

—Es normal —continuó hablando ésta—. Los primeros días son los más complicados, te cuesta coger el ritmo. Pero una vez lo consigues ya no es lo mismo. Tu energía es distinta y eres capaz de hacer cien flexiones nada más levantarte. ¿Verdad, Gabi?

Éste, de pronto se tiró al suelo y comenzó a hacer flexiones a un ritmo endiablado, para el asombro de Leo. Todos comenzaron a reír ante el gesto de Gabi.

—Por favor, guarda algo de fuerza para el entrenamiento de hoy, Gabi —dijo una voz que provenía desde la puerta.

Era Sauro, con su habitual buen porte.

Gabi obedeció y se levantó del suelo rápido para volver a la mesa, donde sus compañeros ya se habían servido el desayuno.

—Leo —dijo Sauro—, en esa mesa de ahí, como ves, hay distintos tipos de alimentos muy ricos en proteínas y vitaminas. Necesarios para llevar a cabo el entrenamiento que realizarás hoy. Te recomiendo que desayunes fuerte, es la comida más importante del día. Esto te ayudará a enfrentarte mejor a lo que se te eche encima. Créeme.

El muchacho asintió y se dirigió hacia la mesa. Eligió para desayunar un tazón de leche con cereales, un zumo de naranja que parecía haber sido recién exprimido y media manzana. Estaba

acostumbrado a desayunar fuerte, pues su tía insistía también mucho en la importancia de esa comida.

Leo apenas participaba en las conversaciones de sus compañeros. Éstos hablaban sobre anécdotas de su día a día y él, como recién llegado, todavía no entendía de qué cosas hablaban. Aun así trató de integrarse lo que pudo, tarea que le fue más sencilla gracias a la predisposición de sus nuevos amigos para que así fuera.

Llegó un momento en el que la pregunta inevitable llegó hacia Leo.

—¿Cuál es tu superpoder? —Quiso saber Daniela.

Leo se encogió de hombros, no tenía ni idea.

—¿No lo sabes? —Volvió a preguntar extrañada—. El mío, por ejemplo es el de la telepatía. Puedo entrar, con un gran esfuerzo, eso sí, en la cabeza de casi todo el mundo y saber qué está pensado. Eso me sirve a veces para controlar a las personas y que hagan lo que yo quiera.

El muchacho la miró extrañado. ¿De verdad era capaz de hacer eso?

—¿Quieres una prueba?

Leo no supo qué contestar. Tampoco le dio tiempo ya que ésta comenzó a mirarlo fijamente. Pasó un tiempo sin dejar de hacerlo, pero nada ocurría con él. A los pocos segundos, desistió agotada.

—No puedo entrar en tu mente, ¿cómo lo haces?

—No sé, no he hecho nada —contestó el muchacho—. Al menos que yo sepa.

—Pues me ha sido imposible. Es como si fueras inmune y es muy raro, ninguno de ellos lo es.

—¿Me dejas que pruebe mi poder contigo? —Preguntó Julia.

—¿Cuál es?

—Mis puños son capaces de lanzar una onda que golpea muy fuerte.

Leo tragó saliva. Eso podía doler bastante, pero había quedado intrigado con lo sucedido con Daniela y ahora quería saber si con Julia sería distinto.

—Está bien.

—Levanta y colócate ahí, si no, tiraré todo lo que haya de por medio al suelo.

Leo obedeció y se colocó frente a una pared en la que no había nada. Cerró los ojos fuertemente a la espera del impacto, pero no sucedió nada. Cuando los abrió se encontró con la cara de sorpresa de Julia, que no entendía nada.

—¡Es increíble! —Dijo emocionada— He notado cómo la onda salía de mis puños y no te ha hecho nada.

Ambos volvieron a sus asientos. Leo no entendía nada, ¿su superpoder era ser inmune a otros superpoderes? Si era así sería algo asombroso, aunque no estaba seguro de que fuera así del todo.

—¿Cuáles son vuestros superpoderes? —Quiso saber.

—El mío es la velocidad, puedo correr más rápido que un guepardo —contestó Lucas.

—El mío, la fuerza —dijo Gabi, aunque Leo lo suponía después de haber visto la demostración de las flexiones.

—El mío es curarme y curar a otras personas. Siempre y cuando las heridas no sean demasiado aparatosas y sean superficiales, ya que todavía estoy potenciando esto.

—Es... increíble —dijo Leo muy sorprendido ante los poderes del resto del escuadrón.

—Tú eres un enigma, Leo, como ayer te dijo el señor Wayne, no sabemos de lo que eres capaz aún. Es por eso que tu entrenamiento tiene que ser más intenso que el del resto, por ahora —

comentó Sauro.

Siguieron desayunando, aunque a Leo apenas le entraba nada pues en su estómago sentía un nervio especial por saber cuál era el superpoder que le haría único.

Una vez hubieron terminado y recogido la mesa, Sauro se dirigió a ellos.

—Leo seguirá hoy su entrenamiento personal con el señor Wayne. Nosotros nos iremos a la sala dos para proseguir a nuestro ritmo. Estoy seguro de que Leo pronto nos alcanzará y podremos entrenar con el escuadrón al completo.

Dicho esto, el muchacho se separó del resto y se dirigió a la sala principal de entrenamientos, donde le esperaba de nuevo el señor Wayne.

—Buenos días, Leo —dijo éste a modo de saludo—. Espero que hayas descansado bien pues hoy nos espera un duro día por delante. Ayer comenzamos a tomar contacto con el desarrollo de tus sentidos, hoy seguiremos entrenando eso. Es lo más importante para un superhéroe, usar todo su potencial disponible.

Leo asintió. Sabía que su mentor tenía razón.

—Hoy utilizaremos la pista de obstáculos, pero cómo no, lo harás con los ojos vendados.

—¿Y cómo sabré dónde está cada obstáculo?

Bruce sonrió antes de hablar.

—Creo que una de tus mejores habilidades es la inteligencia. Apáñatelas tú solo para saberlo. Sé que podrás. Sólo te pido algo, no te frustres si no logras enseguida tu objetivo. Las cosas bien hechas se consiguen paso a paso y más importante que sepas cómo lo has hecho que la propia realización. Eso te servirá para saber cómo actuar en otras situaciones parecidas, pero distintas.

Éste se acercó al muchacho y le ofreció la venda.

—Colócatela tú. No hagas trampas, ¿eh? —Comentó sonriendo.

Leo se colocó la venda en los ojos.

—Ahora ven aquí, éste será el punto de partida.

Lo agarró de los hombros y lo llevó hasta un determinado punto de la sala. Acto seguido se dirigió al ordenador y activó el circuito de pruebas que necesitaba.

—Ya puedes comenzar. Tómate todo el tiempo que necesites.

—¿No podría mirarlo aunque sólo fuera dos segundos para quedarme con una imagen mental? Eso podría ayudarme.

—No. Habrá situaciones en las que no tengas tiempo ni para eso. Necesitarás de otros sentidos para conseguir el paso. Ahora concéntrate, Leo.

Éste hizo caso y cerró los ojos, como en el día anterior para conseguir centrarse en su tarea. De nuevo comenzó a notar cómo había sonidos que en un principio parecían no estar. Escuchó el ruido del ventilador del ordenador, escuchó la respiración de Bruce, hasta los latidos de su corazón bombeando sangre por todo su cuerpo, escuchó hasta el aire que circulaba por la sala debido al sistema de aire acondicionado que hacía que no se abrasaran en su interior.

Un momento, pensó. ¡El aire!

En cualquier lugar en el que se encontrara habría aire, de una forma u otra. El oxígeno era necesario para la vida y se encontraba en todos los sitios. Siempre habría algo de oxígeno y eso lo podría aprovechar en su favor.

Se dejó llevar todavía más y escuchó cómo el aire golpeaba levemente y de manera casi imperceptible sobre los objetos que formaban los obstáculos que su entrenador le había puesto en

la sala. Trató de concentrarse todavía más y en su cabeza comenzaron a dibujarse diversas formas gracias a la percepción que le llegaba del aire golpeando contra esos objetos. De pronto lo vio claro. El circuito entero se formó en su cabeza y parecía que lo estuviera viendo con sus propios ojos.

Sintió cómo su corazón se aceleraba debido a la excitación por lo conseguido y eso le dejaba escuchar menos el sonido del aire, por lo que las formas comenzaron a volverse borrosas. Entonces lo comprendió. Debía aprender a controlar esas emociones para que no le influyeran en lo que fuera que tuviera que hacer. Trató de calmarse y notó cómo la intensidad de los latidos disminuía, haciendo que el circuito se dibujara de nuevo en su mente con total claridad.

Decidió que había llegado el momento de atravesar el circuito. Sabía que en circunstancias normales, incluso viéndolo, le hubiera resultado muy complicado realizarlo pues las habilidades físicas no se encontraban entre sus virtudes del día a día, pero ahora sentía algo nuevo dentro de él. Algo que le empujaba a ir hacia adelante, algo que le decía que podría con cualquier obstáculo que se le plantara delante y que nada le podría detener.

Tomó impulso y comenzó a correr. De un salto se agarró en la parte alta del muro que se le presentaba en primer lugar. Hizo algo de fuerza con sus brazos y subió todo su cuerpo hacia arriba. Ahora sabía que tenía que saltar para agarrar la cuerda que tenía a un metro de él y no dudó en hacerlo. Del mismo impulso que había tomado llegó hasta otro saliente del que se agarró sin dificultad. Subió de nuevo su cuerpo hacia él y saltó con todas sus fuerzas para llegar hasta otro saliente. Una vez lo hubo subido, lo bajó por su lado contrario para acceder a una serie de neumáticos por los cuales pasó a toda velocidad pisando en el centro de cada uno. Acto seguido trepó por una serie de cuerdas enmarañadas hasta llegar a su cima. Saltó de nuevo una vez estuvo arriba para engancharse a una barra de metal como las que tenían los bomberos para bajarla con cierta habilidad.

Continuó corriendo hasta que vio la figura de su mentor con toda claridad en una de las esquinas de la habitación. Cuando llegó a su posición se detuvo.

—Ya puedes quitarte la venda, Leo.

Al quitársela comprobó cómo el rostro de Bruce era de auténtica satisfacción.

—Impresionante —dijo éste—. En este tipo de ocasiones no se suele decir nada para que el alumno no crea que ya lo ha conseguido todo, al contrario, todavía queda un camino largo y duro. Pero has conseguido algo que, a priori, parece imposible. Ninguno de tus compañeros ha logrado hacer este circuito con los ojos vendados todavía. Ya no se trata de la superhabilidad que puedas tener, tienes un poder que es mucho más importante que poder levantar piedras de cien kilos o de poder volverse invisible.

—¿Y qué poder es ese? —Quiso saber el muchacho.

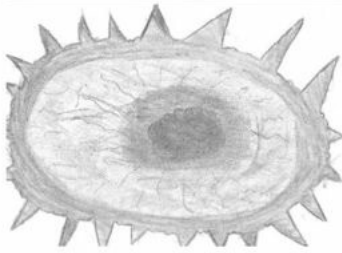
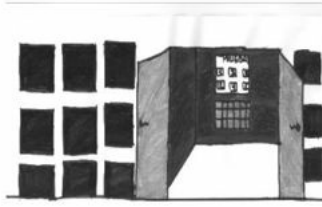
—La inteligencia, Leo. Sabes usar tu cerebro y eso te hace muy poderoso. Habrá situaciones en las que ningún poder sea efectivo, sólo saber actuar con cabeza y de manera inteligente. Creo que de eso vas sobrado.

Leo sonrió ante la afirmación de su mentor. Por primera vez desde que había llegado se sentía seguro de sí mismo y eso era muy importante para él.

—Ahora —prosiguió hablando Bruce—, sigamos entrenando otras habilidades menos importantes pero que al fin y al cabo son necesarias. Te enseñaré a luchar, a ser sigiloso, a saber utilizar mejor tu fuerza y definir mucho más tus sentidos para que seas el más grande superhéroe

de toda la historia. Has nacido para serlo. Además, todavía no sabemos cuáles son tus superpoderes. Habrá que descubrirlo.

Dibujos capítulo 5:





## Capítulo 6

Los días fueron pasando sin tregua. A través de duros entrenamientos, Leo fue adquiriendo conocimientos y habilidades con las que soñaba habitualmente. Uno de los que más le costó asimilar fue el entrenamiento en combate. Éste no sólo era luchar y ya está, ya que su instrucción se dividía en clases teóricas y prácticas. La teoría no le costó nada asimilarla, no por su inteligencia, sino porque todo se basaba, básicamente, en que jamás debía iniciar él mismo un combate y que nunca debía luchar si no era estrictamente necesario.

Él era contrario a todo tipo de violencia, pensamiento que compartía con sus propios compañeros de escuadrón y con los mismísimos instructores, por lo que no le costó comprender que el combate sólo se podía usar como última vía y como un acto de defensa, jamás de ataque.

Y es que ser poseedor de un poder tan grande traía consigo un uso adecuado de él. No por ser más fuerte o estar mejor preparado podía ir por ahí haciendo uso de él. La verdadera responsabilidad consistía en saber en qué situaciones se debía utilizar —cuantas menos mejor— y en cuáles no.

Durante esos días siguió sin manifestar su verdadero superpoder, si bien era cierto que seguía resistiendo los poderes empleados por sus compañeros a la perfección. Bruce intentaba por activa y por pasiva encontrar ese don oculto, pero no llegaba a salir a la luz. Lo que sí era cierto es que asimilaba los conocimientos que éste le impartía con una velocidad increíble, mucho más rápido que cualquiera de sus compañeros, por lo que enseguida igualó su ritmo de entrenamiento y ya estaba listo para poder juntarse a ellos en su instrucción.

Con estos últimos estrechó unos lazos de verdadera amistad en muy poco tiempo. Le era complicado decir con cuál de ellos se llevaba mejor pues con todos forjó una relación cercana y de confianza. Reía con ellos, manifestaba sus miedos y a la vez oía los de otros, de vez en cuando hacían alguna que otra trastada propia de muchachos de su edad —trastada que Sauro les reprendía enseguida—. Al fin y al cabo una relación tan normal como la que tenía un grupo de seis amigos. Leo no sabía ni cómo ni cuándo acabaría esa aventura en la que estaban metidos, lo que sí tenía claro es que de ahí se llevaría a amigos para toda la vida.

Con sus tíos hablaba de vez en cuando. Las comunicaciones con el exterior eran complicadas pues eso podría implicar que alguien no deseado encontrara la guarida secreta en la que se encontraban. Además, por precaución, a todos los familiares del escuadrón se les había puesto una vigilancia especial para así evitarles algún ataque indeseado por parte del enemigo. Eso hacía que Leo estuviera tranquilo, aunque lo que más le calmaba era poder escuchar la voz de sus tíos y, cómo no, poder verlos a través de la pantalla del ordenador cuando hacían una comunicación por Skype. En casa todo iba bien. Ambos seguían con su ritmo habitual de trabajo, aunque estaban algo tristes por no poder abrazarlo en persona. Su esperanza se mantenía al saber que tarde o

temprano acabaría llegando ese esperado abrazo.

Leo salió de su habitación tras dormir una pequeña siesta. Se les recomendaba que fueran cortas pues les decían que la base de un buen descanso no era el tiempo de más, si no la calidad de un sueño corto y reparador. Llevaba ya su décimo traje de entrenamiento estrenado, se empleaba tan a fondo en su formación como superhéroe que había roto todos los anteriores de forma tan aparatosa que era más factible tirarlos que tratar de remendarlos.

Por el pasillo se encontró con Carolina. Ésta caminaba sonriente y dicharachera, como siempre.

—Buenas tardes, Leo. ¿Nervioso por unirte a nosotros en el entrenamiento?

—Algo sí, tengo miedo de no estar todavía a la altura.

Ella lo miró y sonrió.

—El señor Wayne sabe lo que hace. Si él considera que sí, es porque lo estás. Además, se comenta que has entrenado muy duro.

Leo asintió. Así era.

Ambos llegaron a la sala de entrenamiento. Ahí les esperaba el resto del escuadrón, además de Bruce y Sauro.

—Bien —comenzó a hablar el dueño de todo aquello—, ya estamos todos por lo que comenzaremos con la formación de todo el escuadrón junto. Tenía ganas de llegara este día, por fin sabremos de qué sois capaces por el momento. Para eso me he pasado toda la noche preparándoos un circuito que puede parecer algo complicado, pero que en conjunto podréis superar. Sauro —dijo mirando hacia éste—, cuando quieras. Apartaos hacia esa esquina, necesitamos toda la sala.

Todos obedecieron. Sauro fue directo al ordenador y tecleó las órdenes para que apareciera el circuito de pruebas.

Decenas de obstáculos comenzaron a formarse por toda la habitación, los había de todos los tipos. Desde muros aparentemente infranqueables y con una altura endiablada, hasta tres troncos que enlazaban otros montículos y por los que parecía que debían pasar. Todo ello con saltos al parecer imposibles de por medio y mucha cuerda que caía desde el techo para ser escalada. Las cuerdas parecían ser reales y no creadas por ordenador.

A pesar de ello se sentían preparados para poder sortearlo.

—Veo seguridad en vuestras caras y eso me gusta. Pero por otro lado siento miedo de un exceso de confianza. Como os he comentado, el circuito es muy duro, pero quizá no lo sea por lo que se ve, sino por lo que vuestros ojos no pueden ver. Os he instruido sobre cómo actuar cuando se os priva del sentido de la vista, espero que sepáis demostrar que el trabajo ha servido para algo. Para añadir algo de intriga añadiremos un par de elementos reales. Sauro, cuando quieras.

Éste asintió y se dirigió a un punto del circuito, más en concreto bajo los troncos que servían para cruzar dos montículos algo elevados. Sacó de su bolsillo una caja de cerillas. A su vez extrajo una y la prendió. Sin más la arrojó bajo los troncos, haciendo que un fuego comenzara a arder, añadiendo peligrosidad a ese obstáculo. Hizo lo mismo bajo las cuerdas que al parecer había que escalar. Ahora se habían convertido en lianas pues estaba claro que se debía subir a ellas mediante un salto desde una plataforma cercana.

—Gracias, Sauro —añadió Bruce—. Bien, para atravesar el circuito tenéis exactamente cinco minutos, desde que el primero salga hasta que el último llegue al mismo punto en el que nos

encontramos. ¿Entendido?

—Todos asintieron.

—Pues caña.

Los seis amigos se miraron entre ellos y fueron corriendo a lo que parecía ser el punto de partida del circuito. Una red contraída con cuerdas que debían escalar para acceder a lo alto de una plataforma que les serviría para demostrar sus dotes de agilidad, pues el siguiente paso era un salto de casi dos metros de distancia. La primera en subir fue Daniela por decisión propia. Uno a uno la fueron siguiendo a una velocidad pasmosa, demostrando estar de sobra preparados para ese obstáculo. Cuando llegaron arriba del todo, la primera en saltar fue Carolina, que lo hizo con seguridad, aunque llegó con algo de dificultad al otro punto, quedando enganchada con sus manos en el saliente de la plataforma.

—Aguanta ahí, Carolina —gritó Gabi desde el otro lado.

Éste tomó impulso y saltó con todas sus fuerzas, llegando al otro lado con algo menos de esfuerzo que su compañera. Lo primero que hizo fue ayudar a Carolina para que ésta subiera del todo a la plataforma. Bruce sonrió ante ese gesto.

Acto seguido fue saltando el resto del escuadrón. A unos les costó más llegar, a otros menos, pero todos consiguieron llegar al punto en el que se encontraban Carolina y Gabi. El siguiente punto era el de las improvisadas lianas con fuego bajo sus pies. El sudor comenzó a aparecer en los rostros de los muchachos pues la cosa se ponía algo fea. Un error podía costarles caro.

Leo dio un paso al frente y decidió ser el primero en atravesarlo. Tomó algo de impulso y saltó al llegar casi al final de la plataforma. Se agarró a la cuerda sin demasiado problema y se dejó impulsar hacia adelante. Volvió con el propio impulso hacia atrás y se ayudó con los pies para coger algo de fuerza para cuando volviera a la posición adelantada. Una vez lo hizo, soltó la cuerda para acabar agarrándose en la siguiente. Sentía el calor del fuego bajo sus pies. Eso le recordaba que sus movimientos debían de ser perfectos o una desgracia podría llegar a ocurrir. Repitió la operación anterior del impulso para acabar atravesando las otras dos cuerdas restantes. Cuando llegó a la siguiente plataforma, sintió satisfacción por lo que acababa de conseguir. Vio cómo sus compañeros lo imitaban para atravesar el obstáculo y ayudó uno a uno en su último salto agarrándolos para que llegaran con menos problemas a la última plataforma. Cuando Lucas hubo llegado, miraron el reloj que había en la pared y comprobaron cómo todavía les quedaban dos minutos y medio para llegar a los cinco. En teoría iban bien de tiempo. Al siguiente obstáculo se llegaba descendiendo de la plataforma, descolgándose de ella, para llegar a un muro de imponentes dimensiones. Era imposible llegar hasta arriba de un salto, por lo que debían de buscar otra forma de conseguirlo.

Leo giró sobre sí mismo para tratar de encontrar una solución. Debía de hacerlo rápido o el tiempo acabaría. Una idea le vino a la cabeza.

—Gabi, ayúdame a subir a la plataforma anterior.

—¿Vas a volver a atrás? No podemos perder tiempo. Además, ¿podemos hacer eso?

—Nadie ha dicho que no. Confía en mí y ayúdame.

Gabi obedeció y aupó, colocando sus manos, a Leo para que llegara al punto anterior. Una vez llegó, volvió a saltar a la última cuerda. Se balanceó varias veces mirando hacia la plataforma que acababa de abandonar. Cada vez cogía más impulso. Cuando lo creyó conveniente y aprovechando el punto de balanceo máximo cercano a la plataforma de llegada, tiró con todas sus

fuerzas de la cuerda, aterrizando sobre la propia plataforma y con el objeto en la mano. Sonrió por lo que acababa de conseguir.

Bajó rápido hasta la posición de sus compañeros.

—Gabi, ¿te sientes con fuerza para sostener arriba de la plataforma esta cuerda para que podamos treparla todos? Te ayudaremos a subir y así nos será más fácil.

—¿Lo dudas? —Comentó sonriente ante la idea que acababa de tener Leo.

Entre Leo y Julia ayudaron a Gabi a subir a lo alto del muro aupándolo entre los dos. Una vez estuvo arriba les tendió la cuerda haciendo uso de toda su fuerza, que no era poca. Una vez llegaron arriba del todo, comprobaron cómo les quedaba un único obstáculo, los troncos con fuego debajo.

A priori parecía peligroso por las llamas de debajo, pero sencillo de atravesar en comparación con los obstáculos anteriores. Les quedaba un minuto para hacerlo, pero sentían la confianza de que podrían hacerlo de sobra.

Julia fue la primera en avanzar, decidieron hacerlo todos por el mismo a pesar de que había tres troncos. El resto del escuadrón la siguió despacio. El último en este caso era Leo. Avanzaron lento pero confiados en que les quedaba poco para llegar al final. Bruce los observaba sonriente. Miró a Sauro y asintió. Éste último fue hacia el ordenador y apretó una tecla.

De pronto y sin previo aviso aparecieron seis hombres sin rostro pero aparentemente muy fuertes, tres en cada extremo del tronco en el que se encontraba todo el escuadrón. Los muchachos se miraron entre sí, ¿tenían que pelear con ellos en un espacio tan reducido y con aquél fuego debajo?

Entonces recordaron que el señor Wayne les había dicho que los mayores peligros no se veían.

—Dividámonos entre los tres troncos. Dos en cada uno de ellos. Necesitamos dividirlos a ellos también o estaremos perdidos —gritó Leo a sus compañeros.

Éstos obedecieron. Daniela y Gabi saltaron al siguiente, para luego volver a saltar al más alejado. Comprobaron cómo dos de los esbirros imitaron sus movimientos. El plan funcionaba. Lucas y Carolina pasaron al tronco del medio seguidos de otros dos hombres sin rostro. Leo y Julia se quedaron en el que estaban. El ataque de los hombres no se hizo esperar. Eran rápidos en sus movimientos, demasiado. Leo esquivó el primer golpe que le lanzó el que tenía de cara. Acto seguido volvió a lanzarle otro con la pierna, por lo que el muchacho tuvo que saltar con cuidado para no perder el equilibrio y caer al fuego.

—¿Estás bien? —Le preguntó a Julia, ya que la tenía a su espalda y no la podía ver.

—Sí —contestó ésta. Van a tener que esforzarse más para derrotarme a mí.

Su enemigo ya había sido derrotado. Leo se sorprendió por la velocidad en la que lo había hecho. Él ni siquiera había logrado pasar todavía al ataque.

Entonces se centró y decidió que era hora de dejar de esquivar para atizar él. Se agachó una última vez para evitar el golpe de puños que le lanzaba y con su pierna barrió las piernas de su enemigo, provocando que éste cayera sobre el tronco. El enemigo de Julia había caído al fuego, pero no importaba porque sabía que, al no ser real, no se haría ningún daño. El de Leo estuvo a punto de caer pero éste lo agarró a tiempo y lo dejó acostado sobre el tronco. A pesar de que sabía que no se haría daño, no le gustaba la idea de que cayera al fuego.

Todos los enemigos estaban abatidos salvo el de Lucas, que a pesar de sus rapidísimos movimientos no conseguía tumbar a su oponente. Parecía de piedra. Un paso en falso hizo que el

muchacho perdiera el equilibrio y se tambaleara sobre el tronco.

Leo, de forma instintiva saltó hacia el tronco de éste y lo agarró con rapidez. Gabi hizo lo mismo y saltó hasta su posición, pero endosando una certera patada que hizo que el enemigo de Gabi cayera al fuego.

—¿Estás bien? —Quiso saber Leo.

Lucas asintió y le agradeció con una sonrisa que lo hubiera salvado. De pronto todos se dieron cuenta de que el tiempo seguía corriendo y atravesaron a toda prisa los troncos hasta llegar al montículo final. Lo descendieron a toda velocidad y corrieron hacia donde estaba el señor Wayne, que los miraba sin pestañear.

Cuando llegaron miraron el reloj.

Habían pasado siete minutos desde el comienzo de la prueba.

Decepcionados miraron a Bruce.

Éste estaba serio. De pronto comenzó a sonreír y a aplaudir.

—¿Por qué aplaude? —Quiso saber Daniela—, hemos fracasado.

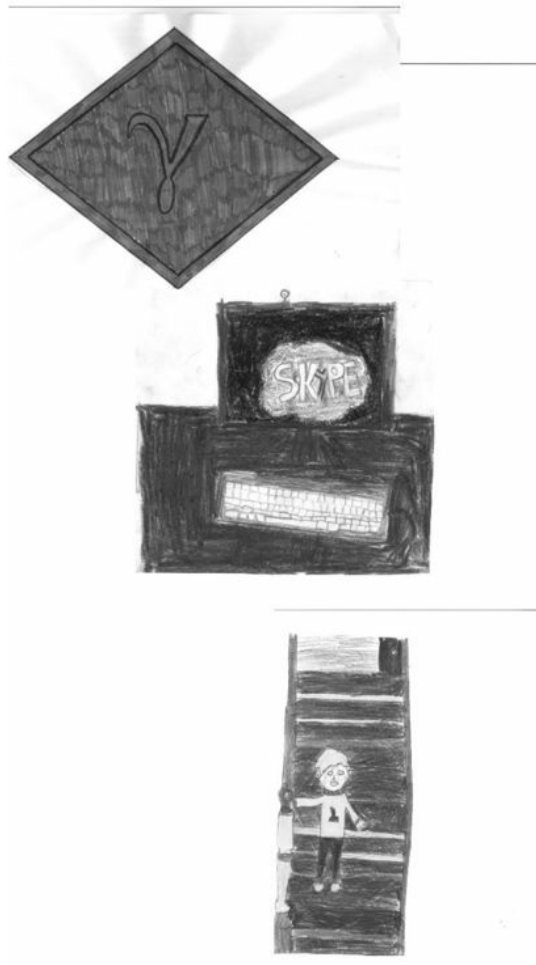
—Habéis llegado hasta el final sin un rasguño, habéis sabido reaccionar ante adversidades como la de los enemigos de los troncos, habéis sabido utilizar el ingenio para salvar obstáculos imposibles —dijo mirando a Leo recordando lo de la cuerda— y os habéis ayudado unos a otros, pensando sólo en el bien común y no en el particular. ¿Fracaso? No. Habéis triunfado y habéis demostrado que estáis preparados para lo que pueda llegar.

Todos comenzaron a sonreír ante las palabras de su entrenador.

De pronto la puerta de la sala se abrió y apareció uno de los técnicos que trabajaba en la sala de ordenadores.

—Señor Wayne, tenemos un problema —comentó jadeante—. Lo que nos temíamos. Ya ha comenzado todo.

Dibujos capítulo 6:



## Capítulo 7

Bruce entró nervioso en la sala de control.

—¿Cuál es la situación? —Quiso saber.

—Es crítica, señor. Han tomado la ciudad y están destruyendo todo a su paso. La gente está atemorizada y se está encerrando en sus casas. No ha pasado todavía nada que debamos lamentar, sólo pérdidas materiales, pero no sabemos cuánto tardarán en atacar a casas o a personas.

—Tenemos que impedir ésto a toda costa. Quieren que salgamos a la calle, nos están provocando. Quieren enfrentarse ya al Escuadrón Gamma.

—Pero, señor —comentó Sauro—. Todavía es pronto, no están preparados. Podría ocurrir algo muy grave si mandásemos ya al Escuadrón.

—No nos queda otro remedio. No podemos permitir que le ocurra nada a la gente de esta ciudad. ¿Tú qué harías, Sauro?

Éste se quedó pensativo por unos instantes.

—Supongo que tiene razón. También los enviaría. Es sólo que no sabemos qué puede pasar.

—Tú los ayudarás, Sauro. Ojalá pudiera hacerlo yo, pero estoy viejo y me es imposible. Tenemos que confiar en ellos.

Sauro asintió.

—Reúnelos.

Sauro salió de la sala.

Bruce miró a la pantalla durante treinta segundos. Seguían avanzando y destrozando cosas a su paso. Les divertía la situación. Cerró los ojos y salió hacia la sala de ocio.

Al entrar comprobó cómo las caras de los muchachos era de visible preocupación.

—Chicos, ojalá hubiéramos tenido más tiempo de entrenar. Nos queda muy poco para alcanzar el punto que necesitáis. Pero la situación se ha complicado. Sauro, muestra en la pantalla lo que se ve en la sala de control.

Éste obedeció y tecleó algo en el ordenador de al lado de la pantalla.

La imagen que se mostró fue escalofriante. Un grupo de dementes destrozaba todo a su paso, comercios, vehículos. Parecía que disfrutaban mucho haciéndolo. Por suerte no había gente por las calles, al parecer, atemorizados habían huido a guarecerse del desastre que estaba ocurriendo. ¿Pero cuánto tiempo podrían esconderse?

—La situación nos obliga a intervenir. Chicos, confío en vosotros y sé que si alguien puede detener esta barbarie sois vosotros. Os necesito. La ciudad os necesita. Mirad, todos tienen su peligro. Ése que tiene el pelo largo y alborotado es Jaine. Puede hacer que de su mano salga electricidad y es muy peligroso. La chica de pelo moreno es Alba, puede desaparecer y hacerse invisible a su voluntad. La chica de pelo naranja es Boskhua, su fuerza es inhumana, pero Gabi

podría estar a su altura. El que va vestido de cuero es Loris, capaz de acertar con su ballesta a una mosca que se encuentre a dos kilómetros. Mucho cuidado con él. El peor de todos es ése —dijo señalando a la pantalla—. Es Vertinguer.

Leo miró preocupado a la pantalla. Conocía de sobra a ese personaje. La cicatriz de su rostro era inconfundible. Mientras los otros se dedicaban a destrozar todo a su paso, él se limitaba a mirar y a sonreír.

—Es el líder de este batallón del mal. Su poder es terrorífico. Puede provocar un dolor insoportable con sólo su mirada a un grupo de personas, eso os puede dejar fuera de combate de un plumazo. Por suerte sólo puede utilizar ese poder una vez cada veinticuatro horas. Pero no os fieis, además de eso es muy rápido, fuerte y escurridizo.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? —Quiso saber Lucas.

—Necesitáis ir ya al centro y detener esto. No os puedo decir más que empleéis todo lo aprendido aquí. Esto es real, no es un circuito simulado. Apoyaos los unos a los otros y haced caso a vuestro líder en todo lo que os diga.

—¿Nuestro líder? ¿Quién es nuestro líder?

—Lo serás tú, Leo. Siempre y cuando el resto apoye esta decisión.

—Pero... yo... no sé...

De pronto la mano de Gabi se posó en el hombro de Leo. Acto seguido hicieron lo mismo el resto de sus compañeros, mostrando que apoyaban al muchacho en eso.

Bruce no pudo evitar sonreír ante aquel acto.

—Está bien. Quiero presentaros algo. Sauro, procede.

Tecléo algo en el ordenador y un ruido comenzó a sonar dentro de la estancia. Las paredes se abrieron de pronto y de ellas salieron seis trajes negros con una letra gamma roja sobre un fondo gris en el centro del pecho de los mismos.

—Éstos serán vuestros trajes. Están diseñados para una máxima comodidad en vuestros movimientos, así como para recibir incluso el impacto de una bala. Os protegerán de casi todo, pero recordad que vuestros enemigos son muy poderosos. Aparte de salvar a la ciudad, tenéis que conseguir averiguar algo sobre el paradero de vuestros padres. Creo que ya habéis hablado sobre ello y ya sabéis que todos os encartáis en la misma situación. Vuestros padres pertenecían al antiguo Escuadrón Gamma y de repente desaparecieron tras una complicada misión. Ésta puede ser nuestra oportunidad para encontrarlos.

Todos asintieron a la vez que se colocaban el traje. Leo se miró las manos tras ponerse unos guantes negros que complementaban el atuendo. Recordó su sueño en el que hacía ese mismo gesto, solo que ahora era real.

—Por último, poneos esto —les ofreció seis máscaras de color negro que tapaban toda la parte superior de la cara, dejando al descubierto la boca y media nariz (así como los ojos). Por la parte de atrás caían los extremos de un lazo del mismo color, como si de un antifaz se tratara, solo que también les cubría el pelo—. Esto es importante, —prosiguió—sobre todo para proteger a vuestros seres queridos. Si no saben quiénes sois en realidad, vuestra familia no correrá ningún peligro. Además os ayudará a llevar una vida normal dentro de lo que cabe. Es mejor que nadie sepa de lo que sois capaces.

Todos asintieron mientras se colocaban las máscaras. Ahora sí tenían aspecto de superhéroes.

—Leo —dijo el señor Wayne mientras lo agarraba de los hombros—, guíalos hacia la



victoria. Tu responsabilidad pasa por que no les ocurra nada grave a ninguno de tus amigos. Confío en ti. Naciste para esto. Ojalá hubiéramos podido saber cuál es tu superpoder antes de todo esto, pero no ha dado tiempo. Ahora guíalos. Tú puedes.

Leo asintió. Jamás se había sentido tan seguro de sí mismo como en aquel momento.

—Bien, venid conmigo —dijo Sauro.

Todos lo acompañaron por el pasillo hasta que pasó por una de las puertas. Daba al aparcamiento.

—Montad —les indicó señalando una furgoneta de color negro y con los cristales tintados de enormes dimensiones.

Obedecieron y montaron en el vehículo.

Ninguno quiso mirar por los cristales mientras la furgoneta se desplazaba por las calles de la ciudad para llegar al destino del caos. Sus nervios eran evidentes y los llevaban a flor de piel. Lucas se tuvo que quitar hasta en dos ocasiones los guantes para secar el sudor de sus manos.

—Chicos —dijo Leo viendo el cariz que tomaba todo—, confiemos en nosotros mismos. Podemos, creedme, podemos.

Todos, sin excepción, sonrieron a su líder. Él parecía más seguro que el resto. Y eso que en teoría todos partían con la ventaja de conocer el poder que los hacía únicos. Leo no.

Tras un viaje que se les antojó eterno, llegaron hasta un punto en el que ya se podían ver los destrozos que había causado el escuadrón del mal.

—No andan muy lejos de aquí. Yo no puedo acompañaros a no ser que sea estrictamente necesario. No duraría en un combate contra ellos. Vosotros sois mejores que yo. Leo, toma esto —le ofreció un reloj que parecía llevar un intercomunicador—. Si necesitas cualquier cosa, pídemela por aquí. Además, lleva un GPS con el que podré saber en todo momento dónde os encontráis. En esta furgoneta tengo acceso a Internet y varias cosas que nos pueden resultar útiles. Suerte, chicos, podéis.

Dicho esto salieron a la calle. Nada más hacerlo miraron a su alrededor. El paisaje era desolador. Cristales de comercios rotos, coches quemados, farolas en el suelo. Aquello parecía más una ciudad fantasma que otra cosa.

—Chicos, andemos con cautela —dijo Leo—. No deben estar demasiado lejos.

El resto del escuadrón asintió.

Comenzaron a andar mirando a un lado y a otro. Agradecían que no hubiera viandantes, que se hubieran escondido, eso desdramatizaba un poco la situación, al menos de momento. Atravesaron la ancha avenida comprobando que el nivel de destrozo era máximo, no dejaban nada en pie a su paso y eso era preocupante. Doblaron la esquina a la derecha al llegar a un conocido café de la ciudad y al fondo lo vieron. Varias columnas de humo se levantaban a cada paso que daba el escuadrón del mal. Lo verdaderamente preocupante era que la imagen de fondo mostraba uno de los hospitales de la ciudad. Era imposible que hubiera dado tiempo a evacuarlo, por lo que todavía tenía que estar lleno de gente.

Leo frunció el ceño e indicó con su mirada a sus compañeros que era la hora de la verdad.

Sin más comenzó a correr y el resto le siguió. No pensaba en nada, no había miedo, no había ninguna duda en él ni en sus amigos. Su único propósito era salvar a la ciudad de aquel caos y cómo no, si podía ser, encontrar a sus padres.

Al parecer, el escuadrón del mal advirtió de la presencia de los superhéroes ya que sin más se

detuvieron en su senda de la destrucción. Cuando éstos últimos estaban llegando a su posición, se giraron y se colocaron de cara a los muchachos.

—Vaya, vaya —comentó Boskhua—, ¿así que vosotros sois el nuevo Escuadrón Gamma?

Acto seguido comenzaron a reír todos menos Vertinguer, que miraba fijamente a Leo sin pestañear.

—¿De verdad pensáis que siendo unos mocosos vais a detenernos? —Añadió Jaine— Anda, si no queréis que os hagamos pupita, id a vuestra casa y llorad junto a vuestros papás. ¡Ah! —Dijo colocando una mano sobre su boca en señal de equivocación—, que no podéis, que vuestros padres fueron derrotados por nosotros.

—¿Dónde están? —Preguntó Leo desafiante.

—¿Crees que te lo vamos a decir a ti, renacuajo? —Dijo Alba.

—Si no me lo dices te lo tendremos que sacar a la fuerza —comentó Gabi.

—Trata de hacerlo —dijo Jaine.

El Batallón del mal dio un paso adelante, todos menos Vertinguer, que se quedó a la retaguardia con los brazos cruzados por detrás de la espalda.

El Escuadrón Gamma lo imitó, colocándose en posición de combate.

El primero en abalanzarse fue Jaine, que lanzó, mientras se acercaba a ellos, una descarga eléctrica que hizo que saltaran todos por los aires. Todos menos Leo, que permaneció quieto en su lugar. El resto se recompuso lo más rápido que pudo, pero Jaine ya se había echado encima de Daniela, que luchaba ferozmente con él haciendo uso de todas sus habilidades. Boskhua se lanzó a por Lucas, pero Gabi se adelantó y se colocó entre ambos, provocando claramente una pelea con la chica del pelo naranja.

Los dos se enzarzaron en una lucha épica, en la que el intercambio de golpes iba y venía a una velocidad increíble. A veces incluso parecía que ninguno de los dos tenía manos ni piernas. El estruendo en cada golpe que se daban podía ser oído en cientos de metros a la redonda. Ninguno de los dos parecía tomar la delantera, por lo que siguieron con el intercambio durante un buen rato.

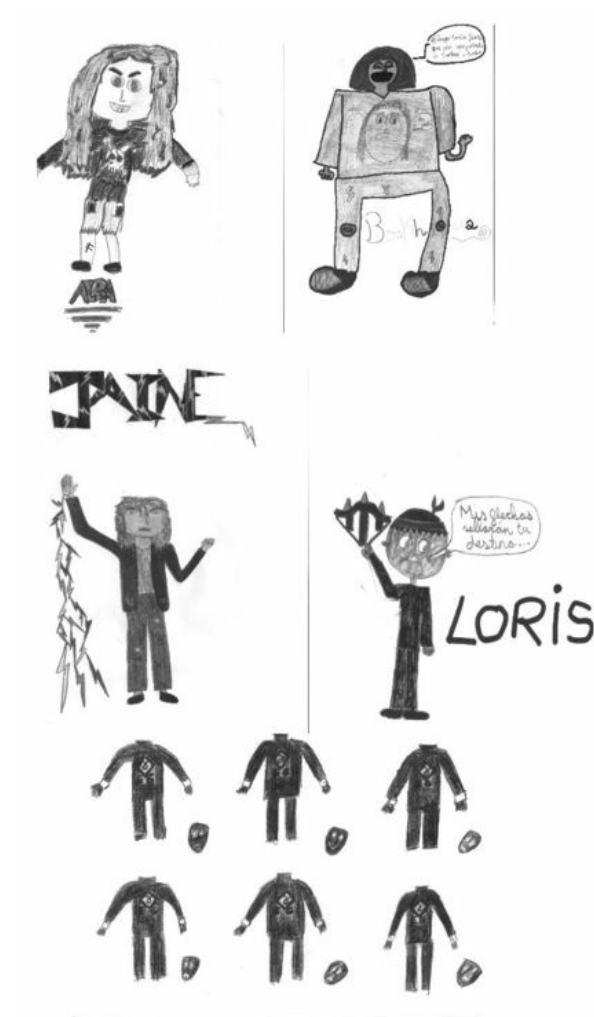
Lucas, al ver que Gabi lo había salvado de una buena paliza sintió un impulso que lo llevó a atacar a Loris, que disparaba sus flechas en dirección al muchacho a un ritmo endiablado. Lucas aprovechó su gran velocidad para esquivar cada uno de los disparos, acto que desesperaba a Loris y que hacía que su rostro se endureciera cada vez que trataba de acertar con sus flechas. Gabi, hábilmente logró evitar cada una de ellas y en un movimiento que duró menos de un segundo, se plantó delante del cazador y le dio un golpe tan duro que cayó hacia atrás sin sentido.

El resto del Escuadrón Gamma recuperó la esperanza al ver lo que Lucas acababa de conseguir, por lo que aumentó la dureza de sus golpes en cada ataque hacia su enemigo.

Las cosas parecían ponerse a favor de los muchachos. Lo que no tenían ni idea era de lo que estaba a punto de suceder.

Mientras, Leo y Vertinguer se miraban fijamente, sin decir nada.

Dibujos capítulo 7:



## Capítulo 8

Leo mantenía la mirada sobre Vertinguer sin pestañear. Éste último mostraba una sonrisa desafiante. Unas pocas personas habían aparecido en escena y, ante el peligro que eso suponía, Julia y Carolina fueron directas a ellas, para ponerlas a salvo y que no les ocurriese nada.

Alba permanecía al lado del hombre de la cicatriz. Aguardaba órdenes de su líder para entrar en acción. Un simple asentimiento con la cabeza de éste sirvió para que la chica diera un paso al frente y se colocara en posición de ataque.

Leo hizo lo mismo, la esperaba, no tenía miedo ni de ella ni de nadie.

Alba comenzó a correr en dirección al muchacho rubio, pero para sorpresa de éste, cuando se encontraba a mitad del trayecto que separaba a ambos, desapareció.

Se hizo invisible.

Leo no recordaba ese dato de cuando les habían explicado los poderes de los villanos, por lo que lo pilló descolocado.

¿Dónde estaba?

¿Dónde se encontraba?

De pronto sintió un fuerte golpe en el estómago. Alba le había golpeado sin pudor y éste cayó hacia atrás aquejado por el dolor. Trató de recomponerse rápido y se levantó tan rápido como sus piernas le permitieron. Nada más volver a erguirse, un nuevo golpe lo volvió a tumbar en el suelo. Ahora parecía que le habían barrido las piernas. Al caer al suelo se dio un fuerte golpe contra éste en la rodilla, que le hizo cojear durante unos instantes. Trató de serenarse, así no iba a conseguir nada. Necesitaba saber dónde se encontraba Alba en cada momento o aquello se iba a poner muy feo para él.

Recordó las enseñanzas en el entrenamiento con Bruce, de cómo le habló de cómo actuar cuando perdía uno de los sentidos durante un combate. En ese momento su vista no servía de nada, por lo que cerró los ojos y trató de agudizar el resto de los sentidos.

Dejó que el aire golpeará su rostro, eso calmó esa sensación de desesperación que tenía dentro debido a los golpes y no poder ver a su agresora. Notó cómo su oído registraba sonidos que en un principio no sabía que estuvieran a su alrededor. Escuchó las voces de gente escondida y atemorizada en los edificios colindantes al escenario en el que se encontraban. Escuchó una bandada de pájaros pasar por sus cabezas, seguramente huían de aquel caos. Escuchó cómo un puño llegaba a toda velocidad por su lado derecho, directo a la cara de Leo. Un rápido movimiento hacia atrás le sirvió para que su atacante no acertara con su objetivo. Pero no sólo eso, sino que además ésta perdió el equilibrio y cayó hacia adelante, movimiento que aprovechó Leo para echarse encima de ella aún sin verla y asestarle un suave golpe en la base del cuello que le había enseñado Bruce. Ese golpe hacía que el oponente perdiera el conocimiento durante un

buen tiempo. Por lo que Alba estaba fuera de combate.

Miró a su alrededor. Sus compañeros estaban derrotando con éxito a sus oponentes. Gabi tenía contra las cuerdas a Boshkua, y Daniela había hecho lo propio con Jaine. Acto seguido miró hacia Vertinguer. La sonrisa había desaparecido de su rostro. Evidentemente las cosas no estaban sucediendo como él había planeado desde un primer momento.

El Escuadrón Gamma se reunió frente a él, separados eso sí por una cantidad prudente de metros. Pronto se les añadió a ellos Julia y Carolina, que ya habían puesto a salvo a las personas que por error pasaban por aquel siniestrado lugar.

Leo miró desafiante a Vertinguer antes de hablar.

—Seremos benevolentes y te perdonaremos, no queremos que siga una lucha innecesaria —dijo el líder del Escuadrón.

—Vaya, me he topado con un grupo de misericordiosos. Qué suerte la mía —contestó de manera irónica.

—Te lo digo en serio, Vertinguer. Vete de aquí y no vuelvas a aparecer. O tendremos que tomar medidas.

—Esperad —sacó su mano y la colocó delante de él, mostrándola a los muchachos—. Mirad cómo tiemblo. No entiendo cómo podéis pensar que unos mocosos como vosotros podéis detener a alguien como yo.

—Hemos acabado con la escoria de tus esbirros —comentó Daniela.

—¿Esos? No me hagáis reír. Ni todos juntos podrían compararse a la mitad de mi poder. Estáis locos si pensáis que me detendré aquí. Mi plan no ha hecho más que comenzar.

—¿A qué te refieres? —Preguntó Leo.

—Lo sabrás en muy pocos segundos, mi amigo rubio. Si hubieras sido listo y no te hubieras dejado embaucar por ese maldito Sauro, ahora estarías de mi lado y podríamos haber hecho grandes cosas juntos.

—No quiero hacer nada a tu lado. Eres malvado, eres basura.

—Cuida tus modales, jovencito. Algo así te dirían tus padres, ¿no? No tengo demasiada experiencia, pero he aprendido algo de ellos.

Leo dio un paso al frente tras el comentario del malvado hombre.

—¿Qué dices de mis padres? ¿Cómo te atreves a nombrarlos?

Vertinguer comenzó a reír.

—Puedo nombrarlos si me da la gana. Soy yo el que los mantiene con vida. Algún día recapacitarán y se unirán a mi ejército del mal. Así como los padres de todos.

—¡Dinos dónde los tienes, maldito!

—Derrotadme y lo haré —dijo mientras se crujía el cuello hacia un lado y otro.

La rabia invadió a todos los miembros del Escuadrón, que miraban hacia la posición del villano preparados para pasar a la acción. Todos menos Leo, que apretaba fuerte sus puños pero sabía que no podía dejarse invadir por ese sentimiento pues podría ser extremadamente negativo.

—¡Vamos! ¡Venid a por mí!

No bastó más provocación para que todos, sin excepción comenzaran a correr a por el villano. Éste, sin más, abrió sus brazos mostrando las palmas hacia adelante y comenzó a gritar mirando al cielo. Ese grito fue tan terrorífico que todos se pararon de golpe, paralizados por el horror que transmitía la voz de Vertinguer. De pronto, una nube de color muy oscuro, casi negra, se formó

sobre la cabeza del malvado hombre. Un nuevo grito hizo que de ella saliera un rayo y se metiera por la boca del villano, haciendo que todo el Escuadrón diera un paso hacia atrás, asustados por lo que estaba sucediendo.

Vertinguer agachó la cabeza y los miró. Sus ojos ya no parecían humanos, en su lugar había algo aterrador y sin vida que parecía que no miraban hacia ninguna parte. En su rostro se podían apreciar todas las venas que recorrían su cara, dándole un aspecto siniestro y digno de cualquier malo de película de terror. Cuando dio un paso al frente, el Escuadrón lo dio hacia atrás.

Llevó sus manos hacia adelante y lanzó su terrible ataque, ese que solo podía utilizar una vez al día. Con tan solo su mirada, los edificios de alrededor de donde se encontraban comenzaron a lanzar cristales en todas direcciones, las puertas cayeron al suelo. Las farolas se doblaron por la mitad y los coches que había aparcados fueron lanzados con brusquedad hacia atrás. Los miembros del Escuadrón Gamma nunca habían sufrido un ataque similar. Nunca. Fueron lanzados hacia atrás con una gran violencia y lo único que eran capaces de sentir era un dolor indescriptible, un dolor inhumano que los dejaba completamente fuera de combate. A todos menos a Leo, que seguía en su misma posición, sin inmutarse y mirando desafiante al malvado villano.

—¿Tú por qué no has caído junto al resto? —Preguntó jadeante Vertinguer, agotado por la magnitud del ataque que acababa de lanzar.

Leo no contestó, sólo sentía rabia por el daño que acababa de causar a sus amigos. Nadie les hacía eso a sus amigos. No pensaba dejar que aquello acabara ahí.

Vertinguer dio un paso atrás asustado ante el aguante del muchacho, aquello no era normal. Era imposible derrotar a ese niño.

¿Sería ese su superpoder?

¿Sería indestructible e inmune a los ataques de otros superhéroes?

Aquello era improbable, aunque era muy preocupante si era verdad, sobre todo si el sujeto en cuestión no se encontraba de su lado.

De igual forma, sabía que dentro de una hora exacta, el ataque que había lanzado sobre los otros superhéroes tendría un efecto en él que muy pocos conocían y que le supondría una clara ventaja frente a Leo. Necesitaba salir de ahí, si se enfrentaba ahora al chaval tenía todas las de perder pues estaba agotado tras lanzar su superataque.

Metió la mano en el bolsillo y pulsó un botón.

—Ha sido un placer, Leo. Me he quedado anonadado viéndote luchar. Tienes madera para esto, chiquillo. Nos veremos muy pronto.

—No irás a ninguna parte.

Vertinguer sonrió.

De pronto un aparato volador de reducidas dimensiones, pero lo justo para que dos personas viajaran dentro de él hizo acto de presencia frente las narices del muchacho. Vertinguer no lo pensó y saltó hacia él. El aparato se elevó rápido.

Leo apenas tenía tiempo de pensar. No podía marcharse de ahí pues sus amigos estaban malheridos y necesitaban ayuda inmediata, pero por otro lado, si Vertinguer huía habría fracasado en su intento de acabar con él para siempre y además no sabría dónde se encontraban sus padres y los del resto.

Pensó muy rápido. Mientras el pequeño avión raro tomaba altura. De pronto recordó que Sauro le había dicho que su reloj comunicador tenía GPS para estar localizados en todo momento.

Rápido, se lo quitó de la muñeca y tomó impulso para lanzarlo al aparato volador. Confió en su suerte y puntería. Necesitaba de ambas para que el reloj llegara bien a su destino. Lanzó con todas sus fuerzas el reloj y confió en que llegara. Esperanzado comprobó cómo se enganchó en uno de los hierros de la parte baja del aparato, que seguramente servirían para aterrizar. Vio cómo el reloj se enganchaba perfectamente a él, sabiendo así que no caería durante el trayecto a no ser que les diera por ir haciendo piruetas. Cosa que descartaba.

Con ese cabo atado, corrió hacia sus compañeros. La que más le interesaba en esos momentos era Carolina, ya que podía hacer uso de su poder para curarse ella misma y así poder curar al escuadrón.

—Carolina —dijo al llegar a ella. Estaba tirada boca abajo, pero respiraba—. ¿Cómo te encuentras?

Leo le ayudó a darse la vuelta.

—He estado mejor —dijo con un suave tono de voz.

—Escúchame. Necesito que te cures tú primera. Después ve uno a uno curándolos a todos. Voy a buscar a Sauro para que nos recoja y nos lleve de vuelta al cuartel general. ¿Me has entendido?

Ésta asintió.

—Necesito que me ayudes, Leo. Agárrame el brazo y haz que mi mano se pase por todo mi cuerpo. Yo lanzaré mi poder para curarme, pero ahora no tengo fuerzas ni para moverme.

Leo hizo caso de lo que Carolina le pedía y agarró el brazo de la muchacha. Éste vio cómo de su mano salía una luz verde que según se pasaba por distintas zonas de su cuerpo. Milagrosamente, esas mismas zonas se iban sanando.

Impresionado la ayudó a levantarse del todo, aunque ya estaba curada.

—Estoy muy floja, es como si mi poder se hubiera consumido casi del todo. Es extraño. Curaré según pueda al resto. Ve a por Sauro.

Leo asintió y comenzó a deshacer el camino que habían recorrido antes para llegar hasta el Batallón del mal.

Nada más llegar a la furgoneta, abrió la puerta de golpe.

—¿Qué ha pasado? —Quiso saber Sauro—. ¿Dónde está el intercomunicador? De pronto, la señal ha comenzado a alejarse del punto en el que estaba a toda velocidad. Todavía sigue en movimiento, mira —dijo señalando hacia la pantalla, en la que se veía un punto verde en constante movimiento.

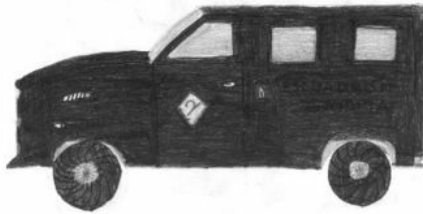
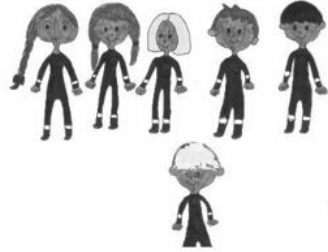
—Es una larga historia que te contaré enseguida. Ahora tenemos que recoger al resto del escuadrón y ponernos a salvo. Hay algo que no me huele bien en todo esto.

Sauro obedeció a Leo y fueron a por el resto de sus amigos.

Durante el trayecto de vuelta, Leo no hacía más que pensar que todo aquello no había hecho más que comenzar, que la verdadera batalla estaba a punto de suceder. No pudo evitar sentir un escalofrío al pensarlo.

—Mamá, papá, voy en vuestro rescate —dijo en voz baja y para sí mismo.

Dibujos capítulo 8:





## Capítulo 9

Cuando entraron al cuartel general, la cara de Bruce Wayne era de auténtica satisfacción.

—He estado viendo por medio de cámaras voladoras diminutas que he enviado lo que ha estado sucediendo, pero he perdido la señal en cuanto Vertinguer ha lanzado su superataque. Veo que estáis todos bien, no sabéis cuánto me alegra —comentó sonriente.

Sin embargo, la cara de Leo no mostraba ni rastro de satisfacción.

—¿Qué pasa, Leo? —Quiso saber el multimillonario.

—No hemos ganado todavía. Vertinguer ha logrado escapar sin revelarme el paradero de nuestros padres.

—Pero la buena noticia —intervino Sauro—, es que gracias a Leo tenemos una idea aproximada de donde pueden estar. Señor Lluch, ponga en la pantalla la señal del GPS del intercomunicador.

Éste obedeció y un mapa se dibujó sobre la pantalla. En él, en un determinado punto se podía ver parpadeante un punto rojo grande.

—Ahí está el avión o lo que fuera que se ha llevado a Vertinguer. Es posible que ahí se encuentre su guarida. Por lo tanto, es muy probable que ahí se encuentre retenido el antiguo Escuadrón Gamma —comentó Sauro.

—Perfecto —añadió Wayne—, entonces no se diga más, iréis ahí a averiguar si están ahí o no.

—No creo que sea posible —dijo Leo para sorpresa del multimillonario—. Al menos la parte de ir todos. Tras el ataque de Vertinguer han perdido casi la totalidad de sus poderes.

—Es verdad —añadió Gabi—, no siento la fuerza dentro de mí. Sí es verdad que según va pasando el tiempo parece ser que voy recuperando algo, pero es muy lento. Podría tenerla toda mañana o quizá pasado.

—A mí me pasa igual —intervino Daniela.

—Y a mí —dijo Lucas.

Viendo la situación, Wayne agachó la cabeza.

—Está bien, así no podéis ir, desde luego. Esperaremos lo que haga falta, ahora lo único que importa es que os pongáis bien del todo.

—Si esperamos, Vertinguer puede desaparecer de su escondrijo y entonces estaríamos como antes —comentó Leo—. Yo iré.

—¿Estás loco? —Preguntó alarmado Bruce— ¿Cómo vas a ir tú solo?

—No me ha hecho nada. Creo que soy inmune a sus ataques. No podemos perder esta oportunidad o puede que lo lamentemos más tarde. Necesito ir a comprobar si nuestros padres se encuentran ahí. Es ahora o nunca.

Bruce Wayne no sabía qué decir. Miró uno a uno los rostros del resto del escuadrón. En sus

ojos había agotamiento, sí, mucho, pero también había esperanza. Y esa esperanza no se la daba otro que ese muchacho rubio que llegó muy inseguro hasta esas instalaciones y que ahora parecía ser el más grande superhéroe de toda la historia.

—Está bien, Leo, irás tú solo. Pero no quiero que arriesgues tu vida innecesariamente, a la mínima que veas que no te guste, vuelves a toda velocidad. ¿Está claro?

—Como el agua —dijo mirando al frente.

—Acompáñame.

Leo obedeció y siguió a Bruce por el pasillo. Ambos llegaron hasta el aparcamiento, donde los vehículos aguardaban. Atravesaron casi todo el lugar hasta que llegaron a un panel casi oculto que había en la pared del fondo. Introdujo una numeración y las paredes comenzaron a abrirse.

—Te presento el Gam. No es un nombre muy elaborado, pero te aseguro que este aparato te puede llevar hasta cualquier lugar del mapa en un periquete.

Leo lo miró sorprendido. Era muy parecido al mini avión en el que había huido Vertinguer, sólo que tenía dibujada una letra Gamma en su lateral y éste era todo negro, al contrario que el otro que más bien tiraba a gris claro.

—No necesita piloto —añadió Bruce—, por lo que sólo tengo que introducir las coordenadas y te llevará al lugar. Una vez hayas finalizado, presionando éste botón —le señaló un botón grande y rojo en el panel de mando—, te traerá de vuelta sano y salvo. De todas formas, si encuentras y consigues liberar al antiguo escuadrón avisanos por el comunicador del propio panel, y enviaremos un vehículo más grande para traerlos de vuelta. Por favor, te ruego que tengas cuidado. No puedo permitir que te pase nada.

—No me pasará nada —dijo Leo.

—En el fondo lo sé. Suerte, Leo.

Éste asintió y se montó en el vehículo. Presionó el botón rojo y la máquina se encendió. Comenzó a andar lentamente por el aparcamiento para ir ganando velocidad. Justo cuando quedaban pocos metros para colisionar con una de las paredes, ésta se abrió de pronto liberando el aparato volador.

Surcó los cielos durante unos minutos, el avión se dirigía claramente hacia las montañas. Pasaron unos minutos más hasta que el aparato se detuvo cerca de una puerta metálica gigantesca en medio de una de esas montañas. Pensó que desde luego era el lugar idóneo para esconder una base de operaciones.

Al llegar se encontró con un panel de diez dígitos. A priori le era imposible saber cuál era la combinación. Se giró sobre sí mismo y miró a su alrededor. En la propia montaña encontró una piedra de yeso, de la que se extraía el material que muchos albañiles utilizaban en la construcción y tuvo una idea.

Ralló algo de piedra de yeso ayudado a su vez con otra piedra afilada y almacenó el polvo de yeso en su mano. Acto seguido se acercó al panel y lo arrojó sobre él. Sopló con cuidado para retirar los restos y comprobó cómo aparecieron huellas no demasiado nítidas sobre cuatro números en concreto. El 1, 5, 7 y 9. Eso limitaba las combinaciones a veinticuatro posibilidades. Comenzó a introducirlas una a una haciendo uso de su cabeza para llevar la cuenta de las que ya había introducido. Algo complicado para la mayoría de cerebros, pero no para el suyo. Cuando probó al número 5179 en la combinación número doce, las puertas se abrieron.

Al entrar todo era oscuridad. Leo no sabía si había llegado o no a tiempo, por lo que no le

quedaba más remedio que adentrarse e investigar. No había manera de ver absolutamente nada. Recordó de inmediato el circuito de obstáculos en el que tenía los ojos vendados. Se concentró todo lo que pudo con los ojos cerrados y dejó que las formas se dibujaran en su cabeza con total nitidez. Podía ver varios obstáculos por su camino que fue sorteando sin mucha dificultad. Llegó a un punto en el que parecía haber un hueco muy grande en el suelo —posiblemente una trampa— que tenía que atravesar por un único camino que zigzagueaba por encima de él. Se armó de todo su aplomo y comenzó a atravesarlo a oscuras, con el dibujo del camino a seguir en su cabeza.

Respiró aliviado al conseguir atravesarlo. Ahora le esperaba un salto de al menos unos cuatro metros. Algo en principio imposible. A pesar de ello no dudó en dar tres pasos atrás y comenzar a correr con toda su energía. No saltó hasta que notó que no quedaba más donde pisar y se impulsó con toda la fuerza que había adquirido en sus piernas durante el entrenamiento con el señor Wayne. Casi de manera milagrosa consiguió llegar al otro lado. Respiró hondo y prosiguió. Según iba avanzando, la luz comenzaba a llegar a duras penas, hasta que llegó a un lugar totalmente iluminado.

Aunque sus ojos no eran capaces de creer lo que veían. Se encontraba en el centro del interior de la montaña. Y al parecer había descendido tanto por ella que estaba rodeado de magma incandescente. El calor era asfixiante, aun así no dudó en avanzar por la pasarela que atravesaba el río de lava por su centro. Al fondo del todo vio a un grupo de personas atadas a una de las paredes del fondo, estaban amordazadas y no podían hablar. No pudo creer lo que veían sus ojos, entre ellos se encontraban sus padres.

De pronto se olvidó de todo y comenzó a correr hacia ellos con lágrimas en los ojos. Después de todo lo que estaba pasando, no estaba seguro de que volvería a verlos, por lo que sus sentimientos no dudaron en salir fuera mientras se dirigía hacia ellos.

De pronto, una sombra cayó del techo y se plantó entre Leo y sus padres.

La sombra era Vertinguer.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí?

—¡Apártate, Vertinguer, o tendré que hacerte daño!

—He de reconocer que esperaba verte. Pero si te soy sincero no esperaba hacerlo tan pronto. Eres bueno, chaval. Lástima que hayas elegido el bando equivocado.

—No te lo repetiré más. Aparta. No quiero lastimarte.

—Te veo muy seguro de ti mismo. ¿No te han enseñado que eso también es un problema? ¿No te han enseñado a no subestimar nunca a tu enemigo?

—No tengo que hacerlo. Sé que soy mejor que tú.

Vertinguer comenzó a reír.

—Está bien que creas eso, sobre todo si desconoces algo sobre mí.

Leo enarcó una ceja.

—Olvidé contarte —prosiguió— que cuando lanzo mi ataque, cuando la onda expansiva sale de mí para haceros mucha pupita, luego regresa de nuevo con parte de vuestros poderes. Supongo que tus amigos ya habrán notado que ahora no son los mismos. Volverán a tenerlos, sí, pero ahora también los tengo yo. Soy un ser perfecto, querido.

—Da igual los poderes que tengas, sabes que soy inmune.

—Eso es lo gracioso de todo esto. Que a pesar de no haberte provocado daño, sí que se ha instaurado en mí parte de tu superpoder. Eso significa dos cosas, que ahora yo también soy inmune

a otros superpoderes y que el tuyo en estos momentos se encuentra debilitado. Mira.

De pronto colocó sus manos hacia delante y lanzó una onda expansiva que tiró a Leo hacia atrás. Éste se levantó del suelo dolorido y con algo de dificultad. Tenía razón, su escudo o lo que fuera que tuviera se encontraba debilitado. Eso sí era un problema real.

Vertinguer no dudó en volver a atacar al comprobar que llevaba razón y con la velocidad de Lucas se plantó en menos de un segundo frente al muchacho, para después utilizar la fuerza de Gabi para asestarle un golpe que lo volvió a lanzar por los aires.

El villano reía con cada golpe que le arreaba a Leo y éste último aguantaba como podía. Todavía quedaba algo de su poder en él que hacía que esos golpes no dolieran tanto como en un principio deberían, pero aun así experimentó el dolor como nunca antes lo había hecho.

Vertinguer parecía disfrutar como nunca viéndose en clara ventaja frente al muchacho. Sabía que si ganaba ese tiempo que necesitaba para que esos poderes se metieran en él, nada ni nada podría destruirle. El plan le había salido según lo previsto y ahora, por fin, podría ser el dueño del mundo. Sería indestructible, implacable, todos le tendrían miedo y le adorarían al mismo tiempo.

Leo se encontraba tirado en el suelo. Su esperanza por salir victorioso de aquel encuentro se desvanecía con cada segundo que pasaba. Necesitaba recuperar su poder de inmunidad cuanto antes, pero la cosa no pintaba desde luego bien porque, al parecer, no iba a ser así.

Desde el suelo dirigió la mirada hacia donde se encontraban sus padres. Hacía mucho que no los veía pero sus rostros no habían cambiado ni un centímetro. Miró a su madre, sus ojos mostraban la preocupación propia de ver sufrir así a un hijo. Trató de buscar fuerzas donde supuestamente ya no debería haber.

Con cierta dificultad se puso en pie. No sabía cómo, pero necesitaba una fuerza extraordinaria para poder acabar con ese monstruo que tenía enfrente.

Vertinguer reía mientras al mismo tiempo preparaba el que sería su golpe final.

Leo cerró los ojos y trató de concentrarse al máximo, más de lo que había hecho en toda su vida. Sabía que el villano iba a lanzar el último golpe y debía de estar preparado. De pronto sintió algo que no esperaba. Abrió los ojos y vio como miles de partículas de luz llegaban a él de todas direcciones. Miró hacia sus padres y comprobó cómo de ellos también salían esas partículas para luego ir hacia donde estaba él y meterse en su cuerpo.

No sabía qué estaba pasando, pero aquello le estaba dando una energía que nunca había sentido y que le hacía creerse la persona más poderosa de todo el planeta. Las partículas seguían llegando en millones de todas partes e introduciéndose en su cuerpo.

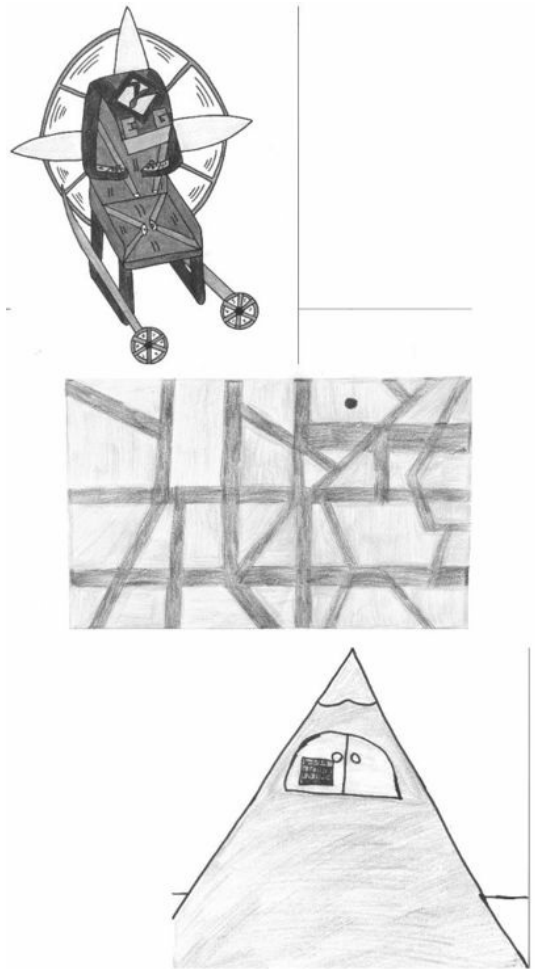
De pronto miró sus manos, brillaban. Entonces lo comprendió. Era como si hubiera pedido a los habitantes de la tierra parte de su poder para poder combatir esa situación, éstos hubieran aceptado y ahora se lo estuvieran mandando para meterse dentro de él.

Vertinguer dio un paso atrás ajeno a lo que estuviera sucediendo, sólo quería acabar con ello cuanto antes.

Entonces atacó.

Leo cerró los ojos y se dejó llevar.

Dibujos capítulo 9:



## Capítulo 10

La suerte estaba echada.

Vertinguer atacó con todas sus fuerzas, sabía que ese ataque podía terminarlo todo y podría ser el comienzo de su reinado de terror.

Leo lo esperó paciente. Sentía algo en él que le decía que nada ni nadie le podría hacer ningún daño.

El puño de Vertinguer se estrelló en el rostro de Leo, pero éste no se movió ni un sólo milímetro del lugar en el que se encontraba. Sin saber muy bien qué estaba pasando, lanzó con su otro puño otro ataque similar, sólo que esta vez al estómago. Nada, ni se inmutó. Un tercer ataque buscó de nuevo el rostro del muchacho, que lo único que hizo cuando el puño tocó su cara fue sonreír.

Vertinguer no sabía qué cara poner ante el gesto del muchacho, jamás se había sentido tan poderoso y estaba comprobando que eso no servía de nada frente a Leo.

¿Habría recuperado todo su poder de repente?

¿O sería algo más?

Leo volvió a sonreír y apretó fuerte sus puños.

De su cuerpo salió una onda expansiva de poder que lanzó a Vertinguer metros atrás, haciendo que se estrellara contra la pared y que perdiera el conocimiento.

La lucha había llegado a su fin.

Leo se olvidó de su enemigo y corrió hacia el grupo de padres que estaba atado a la pared de roca. Sin dudarle comenzó a desatar primero a los padres de sus amigos, para al final hacerlo con los suyos propios.

Su madre no pudo evitar tirarse a abrazarlo en cuanto tuvo los brazos libres. Su padre hizo lo mismo.

Los tres comenzaron a llorar de la alegría que les producía ese reencuentro. Hasta hacía poco, Leo no sabía que sus padres se encontraban en esa situación, pero ellos sí hacía mucho que pensaban que no volverían a ver su hijo nunca más, por lo que el reencuentro era mucho más especial si cabía.

—Hijo, ¿cómo estás? —Quiso saber su padre.

—Ya ves, me siento mejor que nunca —dijo sonriente.

—Sabíamos que un día vendrías a rescatarnos, sabíamos que algún día serías el héroe más grande del planeta.

Leo lloró tras abrazar de nuevo a sus padres. Nunca en su vida se había sentido tan bien. Necesitaba esos abrazos que estaba recibiendo. Mucho más que sus poderes.

—Tengo que ir a llamar al señor Wayne. Mandará un transporte para que podamos regresar

todos sanos y salvos —dijo Leo.

—Perfecto. Mientras nos ocuparemos nosotros de este villano, lo arrojaremos a la lava, nunca más podrá hacer una de las suyas —comentó uno de los padres de sus amigos.

—No —contestó Leo de manera tajante—. Si algo nos separa de él es que nosotros no debemos hacer actos así. Ha sembrado el mal, sí. Quería acabar con nosotros, sí. Pero si algo nos distingue de él es la misericordia. Además, una buena forma de hacerle pagar por sus actos es privarlo de libertad. Estoy seguro que el señor Wayne sabrá qué hacer con él.

El padre que había dicho eso asintió. El muchacho demostraba en cada paso que daba por qué era el más grande.

—Vigíladlo mientras vuelvo.

Dicho eso comenzó a correr en dirección contraria.

No tardó demasiado en llegar hasta el aparato volador y dar aviso para que fueran a por ellos. Después volvió junto a sus padres y el resto del antiguo escuadrón.

Al cabo de unos minutos hizo acto de presencia el señor Wayne, acompañado de Sauro. Traían algo consigo de color verde, parecía una cuerda, aunque era algo rara.

—Me alegro de veros, chicos —dijo Wayne dirigiéndose a los recién liberados—. Poned esto a Vertinguer, impedirá que escape. Está hecha con uranio y una aleación de metales imposible de romper hasta para él.

Estos obedecieron y Vertinguer quedó bien amarrado.

—Ahora, volvamos a casa. Estoy seguro que hay unos muchachos que se mueren por veros.

Salieron de aquella cueva gracias a unas luces que traían consigo Wayne y Sauro. Con eso y unas cuerdas les fue sencillo saber por dónde pisar y sortear los obstáculos que se les ponía por delante.

Una vez fuera, montaron en dos helicópteros que les esperaban fuera. También montaron a Vertinguer con ellos, que seguía inconsciente.

Según les relató Bruce durante el trayecto, lo encerrarían en una cárcel bajo tierra que él mismo había construido y de la que le sería imposible escapar. Allí lo tendrían vigilado y así su amenaza dejaría de ser un problema para todos.

Llegaron hasta el cuartel de operaciones y descendieron de los helicópteros. Allí los esperaba el resto del escuadrón que, visiblemente más recuperados, no dudaron en abalanzarse sobre sus padres y llorar todos como nunca lo habían hecho. No dudaron en acudir hacia Leo para dar las gracias por haber salvado a sus padres de tan peliaguda situación. Una vez dentro comieron y rieron durante un buen rato, poniéndose al día respecto a todo lo que había pasado.

Unos días más tarde, llegó la hora de la despedida. El mal ya no acechaba igual que antes y no tenía sentido estar ahí dentro encerrados. Volverían a sus vidas y si era necesario, volverían a juntarse para combatir el peligro que fuera.

Todos acordaron seguir viéndose al menos una vez por semana. El lazo de amistad que se había generado entre ellos era mucho mayor del que podían imaginar y aquello no podía quedar sólo para juntarse y combatir el mal. Quedarían para cenar, para reír, para contarse sus cosas y lo que hiciera falta. Con esa promesa —que por cierto cumplieron siempre a rajatabla durante el resto de sus vidas—, cada uno partió a su hogar.

Cuando su tía abrió la puerta tras escuchar el timbre, no pudo evitar soltar un torrente de lágrimas. Ver a Leo y a sus padres sanos y salvos era algo de lo que estaba segura que acabaría

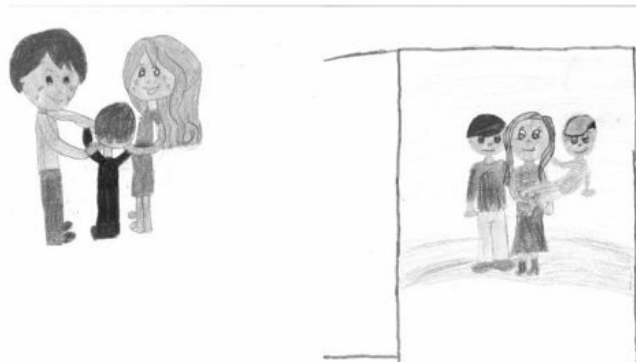
haciendo, lo que no esperaba es que fuera tan pronto. Llamó rápido a su tío que se unió a ellos en un abrazo que no olvidarían en la vida. Pasaron al interior de la casa y estuvieron toda la noche hablando de cómo había sido todo desde que Leo, muy inseguro, había abandonado ese hogar.

Al día siguiente volvería al colegio y recuperaría su vida anterior, pero pasara lo que pasara, lo único que tenía claro es que jamás volvería a ser igual. Leo ya no era el mismo y eso había quedado claro dentro de esa montaña. Le fastidiaba horrores no poder contarle todo aquello a Mario. Aunque sabía que su mejor amigo intuiría lo que había pasado con solo mirarle a los ojos. Se conocían demasiado y no había secretos para ellos.

Leo se acostó apenas una hora antes de tener que ir al colegio. No tenía sueño, demasiadas emociones en muy poco tiempo impedían que durmiera esa noche. Su mirada se posó sobre un póster que había pegado en la puerta de su habitación. Al mirar aquella figura, aquel símbolo sonrió. Batman le seguía provocando ese hormigueo en la barriga que siempre le había provocado. Cerró los ojos e imaginó que un día, un muchacho como él vestiría una camiseta con un logo que conocía bastante bien. Con el logo del Escuadrón Gamma.



Dibujos capítulo 10:



## AGRADECIMIENTOS

Como siempre, a Mari, mi mujer. Por ser la estrella que guía mi camino. A Leo, mi hijo, por darme la vida y por hacerme sentir como un superhéroe.

Al resto de mi familia, ¡cómo no!

A Mariajo, por todo lo que está haciendo y por presentarme a las fieras. No tengo palabras para agradecerte tanto.

A Chus, mi agente de MJR Agencia Literaria. Por tu incesante lucha y por ponérmelo todo siempre tan fácil.

A Chevi, por el diseño de la portada y contraportada. Eres un genio, te lo dije, digo y diré.

A mis jinetes (Rober, Gabri, Luis, Bruno, César, Juan y Benito). Mejor no cuento por qué, es un libro infantil.

A Silvi, Susanna, Olga, Ana Isabel, Sonia, Arañita, Cristina, Luis, Vadín, Furby, Chus y un larguísimo etcétera de las personas que siempre están ahí, día a día. Perdonad que no os pueda nombrar a todas, ¡¡pero sabéis de sobra quiénes sois!!

A todos mis tuiteros y facebookeros (sin excepción), ¡sois gente muy grande!

A PROYDE y las facilidades que han puesto para que este proyecto salga adelante. Al Colegio Nuestra Señora de Lourdes, por lo mismo.

Y cómo no, a ti, que lees este libro o se lo lees a tus hijos. Disfruta, por favor.

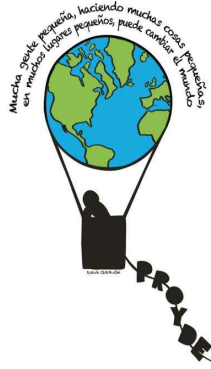
Si te ha gustado (o no), por favor, dímelo a través de mi Twitter: @BlasRGEscritor.

## Sobre el proyecto.

>

Una idea convertida en sueño. Un sueño hecho realidad.

¿Cómo surge la idea?



Mariajo me contó que le había hablado a sus alumnos sobre mí y que éstos se habían emocionado mucho acerca de mi labor con los niños a través de mi obra Kryptos (dono el 100% a Educo).

Yo me emociono al mismo tiempo y sin pensarlo quiero premiarles esas muestras de cariño que enseguida me empiezan a llegar.

Decido escribirles una historia y que ellos se dediquen a venderla para apoyar a la ONG que elijan y así puedan sentir el valor de ayudar a los demás (aunque ya me constaba que lo estaban haciendo por otro lado).

Entre todos elegimos la ONG Proyde y éstos últimos se vuelcan de inmediato con la publicación de la historia.

Al mismo tiempo los niños se dedican a ilustrar la historia a medida que Mariajo se la va leyendo.

Así hasta que esto se convierte en una rueda grande e imparable que ayudará a los que más lo necesitan y que además hará disfrutar a los más peques (y a los no tan peques).

Blas Ruiz Grau